



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**¿Algunas mujeres ya no quieren ser madres?**  
Cambios en las representaciones sociales de la  
maternidad en mujeres en edad fértil

**Paula Andrea Grisales Naranjo**

428277

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA  
Bogotá, Colombia  
2015**



**¿Algunas mujeres ya no quieren ser madres?**  
Cambios en las representaciones sociales de la  
maternidad en mujeres en edad fértil

**Paula Andrea Grisales Naranjo**

428277

**Trabajo final presentado como requisito para optar al título  
de:  
Magister en Sociología**

**Dirigido por:  
Mg. Patricia Rodríguez Santana**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA  
Bogotá, Colombia  
2015**



*De manera esencial a Carmen, Carlos y Juliana.  
A David, por su apoyo emocional y espiritual; a  
la profesora Patricia por su valiosa guía, sus  
preguntas e ideas iluminadoras; a Isabel, Paola,  
Angélica y Liliana por su confianza y  
generosidad.*

## Resumen

El presente análisis indagó por las representaciones sociales de la maternidad entre mujeres en edad fértil, habitantes de Bogotá, estrato medio, con estudios universitarios y de posgrado. Asociado a ello, se identificaron las representaciones de la maternidad “heredadas” o incorporadas del medio social de origen, de sus madres, de otras mujeres; se determinaron los hitos en las experiencias de vida, sentimientos o prácticas que contribuyeron a dinamizar estas representaciones sociales desde la infancia hasta su juventud o adultez. También se señalaron los aspectos de sus capitales –educativos, sociales y económicos– decisivos en la construcción de las representaciones de la maternidad, así como elementos de otras esferas de su vida, como su ideal de mujer, proyecciones de futuro, entre otros, que intervinieron en su dinamización.

**Palabras clave:** Representaciones sociales, maternidad, *habitus*, capitales, Bogotá, mujer, madre.

## Abstract

This analysis asked for the social representations of maternity amongst women of childbearing age, inhabitants of Bogota DC, of middle-income with university and post-graduate studies. In addition to the above, the representations of inherited maternity or those incorporated from the social communities of origin, their mothers or other women were identified. The milestones in their life experiences, feelings or practices that contributed to invigorate these social representations from childhood until youth or adult ages were also stated. Issues like their Educational, Social and Economic capital were a key factor to set the representations of maternity including other components of their life spheres like the ideal of woman, projections for the future among others that intervened in their concept of maternity.

**Key words:** social representations, maternity, concept of maternity, childbearing age, mother, *habitus*.

# CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	9
-------------------	---

## CAPÍTULO 1: ¿DESDE QUÉ PUNTOS DE VISTA ENTENDER EL FENÓMENO?

MARCO TEÓRICO.....	15
--------------------	----

¿QUIÉN DETERMINA A QUIÉN? TENSIÓN ESTRUCTURA VS SUJETO.....	18
REPRESENTACIONES, <i>HABITUS</i> Y MATERNIDAD .....	25
¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE MATERNIDAD? .....	28
ALGUNAS CIFRAS SOBRE MATERNIDAD EN AMÉRICA LATINA Y COLOMBIA .....	32
LA REPRESENTACIÓN DE LA MATERNIDAD EN LOS ÚLTIMOS AÑOS EN COLOMBIA .....	36

## CAPÍTULO 2: GENERALIDADES Y PARTICULARIDADES DE LAS

ENTREVISTADAS.....	39
--------------------	----

PERFILES.....	40
<i>Isabel, ecológicamente responsable.....</i>	40
<i>Paola, súper heroína al rescate de las mujeres.....</i>	42
<i>Liliana, ávida de conocer el mundo y de contarlo.....</i>	43
<i>Angélica: con desacuerdos profundos por las clasificaciones.....</i>	45

## CAPÍTULO 3: MATERNIDAD, REPRESENTACIONES SOCIALES “DE PARTIDA” Y “DE LLEGADA”. LA INTERVENCIÓN DE LOS CAPITALES

EDUCATIVOS, ECONÓMICO Y SOCIAL .....	48
--------------------------------------	----

YO RECUERDO DE PEQUEÑA SÍ QUERER SER MAMÁ. INFANCIA .....	48
“¿Susanita?... no. Nunca tuve esa tendencia”.....	53
“MUCHO CUIDADO... NO VAYA A QUEDAR EMBARAZADA”. LA ADOLESCENCIA .....	55
“A MEDIDA QUE FUI ESTUDIANDO ADQUIRÍ ARGUMENTOS”. LA JUVENTUD.....	56
“Algo que de verdad me cambió la vida”.....	58
“Dos muertes emocionales”.....	65
<u>“Laboralmente yo sentía que no era muy estable” .....</u>	68

“Nunca quise ser mamá” .....	70
<u>“Quedé embarazada, qué embale”</u> .....	70
<u>“En la universidad fui afianzando mis argumentos”</u> .....	73
“NO TENGO HIJOS, PERO TENGO GATO”. OTRAS MATERNIDADES.....	76

#### **CAPÍTULO 4: REPRESENTACIONES DE “LA MADRE” Y DE “LA MUJER”.**

<b>EL HABITUS EN EL CONTEXTO DE LA MODERNIDAD.....</b>	<b>78</b>
LA MADRE. RETRATOS DE QUIEN NO SE QUIERE SER.....	78
<i>Retrato 1: Mujer fracasada. “De mariposa a gusano, metamorfosis inversa”</i> .....	79
<i>Retrato 2: Madre hospedera. “Llevar un parásito que encarna la subordinación.....</i>	79
<i>Retrato 3: Madre Atlas frustrado. “Un ser pesado que sufre de agobio y preocupación”</i> ..	80
<i>Retrato 4: Madre carente. “Sola, sin independencia, sin estudio y sin libertad”</i> .....	80
HABITUS DE MUJERES LIBRES. RETRATOS .....	82
<i>Retrato 1: Mujer autorrealizada. “Una mujer vive demasiado ocupada en sí misma”</i> .....	84
<i>Retrato 2: Mujer para sí. “Sin arrogancia... Pero una mujer se hace a sí misma”</i> .....	85
<i>Retrato 3: Mujer libre. “Una mujer es liviana y no tiene obstáculos”</i> .....	86
<i>Retrato 4: Mujer creadora. “Una mujer no se ajusta a los moldes, se ocupa de descubrirse”</i> ..	86
LA MUJER. SU REPRESENTACIÓN.....	89
PROYECTO DE VIDA. UN MENÚ QUE SE ELIGE CON LIBERTAD.....	94
<b>5. CONCLUSIONES.....</b>	<b>98</b>
<b>6. BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>108</b>

## INTRODUCCIÓN

Desde que tenía 25 años empecé a escuchar en las charlas con mujeres cercanas que muchas de ellas no querían ser mamás... Yo misma me preguntaba frecuentemente si eso era realmente importante o no para mí. Tras muchas conversaciones, concluí que no se trataba de casos aislados pues, aunque ellas no se conocían entre sí, la mayoría compartían similares características educativas, culturales y socioeconómicas; podía ser síntoma de que algo estaba cambiando entre algunas mujeres jóvenes y adultas habitantes de Bogotá, feministas o no.

En marzo de 2011 realicé el hallazgo del tema en un medio internacional, la British Broadcasting Corporation –BBC– (Corporación Británica de Radiodifusión, el servicio público de comunicación del Reino Unido y uno de los más prestigiosos a nivel internacional), hizo una indagación general en la que expuso una explicación no relacionada con los anticonceptivos ante la baja en el índice de fecundidad en el mundo. La BBC consultó cifras globales y entrevistó a investigadoras e investigadores como Catherine Hakim, socióloga de la London School of Economics; David Barash, experto en psicología y biología evolutiva de la Universidad de Washington; Nicki Defago, autora del libro "Childfree and Loving It" ("Sin hijos y feliz"); Beth Follini, psicoterapeuta y asesora en reproducción del Reino Unido, entre otros. Sin dar una respuesta tajante, la nota menciona razones como el control de la natalidad, la liberación femenina y la igualdad en la fuerza laboral, pese a lo cual para muchos seguía siendo un misterio el número creciente de mujeres que no quieren ser madres y que, al tiempo, viven vidas felices y satisfechas.

Las transformaciones en los ámbitos público y privado en torno a los derechos de las mujeres tienen consecuencias en la manera en que ellas se piensan a sí mismas, sienten y actúan sobre el mundo; su contexto familiar, socio-económico, las elecciones en relación con la carrera profesional o el tipo de trabajos que les provee la sociedad actualmente también son elementos que inciden en la configuración de los estilos de vidas de las mujeres. Con esto en mente, me propuse analizar, desde una perspectiva sociológica, las representaciones sociales (Durkheim, 1982; Moscovici, 1979 y 1986; Jodelete 1986) de la maternidad y su relación con los *habitus* (Bourdieu,

1979, 1991, 1995, 1999) de algunas mujeres bogotanas de clase media con estudios universitarios y de posgrado que no quieren ser madres.

Las mujeres “candidatas” a hacer parte de este estudio exploratorio fueron mujeres de mi contexto cercano. De hecho, en conversaciones con algunas de ellas se originó mi interés por indagar el tema desde una perspectiva sociológica; también hubo otras tantas recomendadas por bola de nieve e invitadas a participar de este estudio (aproximadamente ocho mujeres), quienes finalmente no accedieron a ser entrevistadas.

El hecho de haber elegido trabajar con mujeres de mi contexto limita el estudio, en la medida en que reduce las posibilidades de explorar las historias de vida de mujeres con características socio-económicas y culturales más diversas. Quedan de lado, por ejemplo, las representaciones de la maternidad de mujeres de comunidades indígenas, afro, de origen campesino, extranjeras radicadas en Colombia y mujeres de estratos altos y de estratos bajos. También las de mujeres de estrato medio sin estudios universitarios.

Pero por otro lado, el indagar en las historias de vida de mujeres próximas me permitió acercarme al objeto de estudio desde una exploración en parte co-construida con las sujetos, más que desde una abstracción teórica. En un estudio que implica abordar temas “íntimos” como la vida personal, las características de la familia, la relación con los padres, la sexualidad y la vida sentimental y amorosa, cierta cercanía entre la persona que entrevista y la persona entrevistada puede facilitar el abordaje de los temas. Por el contrario, la ausencia de cierta “familiaridad” podría significar un tropiezo para el investigador, pues si no se logra crear ese ambiente al momento de la entrevista el investigador podría acceder a un relato con mayor autocensura, es decir, un relato lleno de generalidades u omisiones en relación con hechos importantes pero posiblemente considerados polémicos o tabú, como los abortos o la violencia intrafamiliar o de pareja. Por ello, considero que el haber entrevistado mujeres conocidas previamente (por haber compartido un escenario laboral o por lazos de amistad) permitió un diálogo profundo y fluido, lo que en principio me facilitó indagar por las representaciones sociales de la maternidad en relación con sus *habitus*.

Creo, como investigadora, que compartir códigos socio-culturales abrió posibilidades para un diálogo abierto y profundo, pero fue un reto en el sentido que la proximidad puede oscurecer ciertos elementos con los que se está familiarizado. En tal caso, la apuesta por aproximarme desde la sociología a una realidad para mi familiar implicó un ejercicio de alejamiento que no siempre fue fácil o posible. En contraste, la apuesta consistió en mantener la distancia y el rigor al analizar las historias de vida a la luz de las herramientas teóricas construidas.

Así, inicialmente me propuse identificar las representaciones de la maternidad “heredadas” o incorporadas del medio social de origen, de sus madres o de otras mujeres; para, posteriormente, determinar en sus historias de vida los hitos y capitales —educativos, sociales y económicos— que contribuyeron a dinamizar estas representaciones. Una vez iniciado el análisis de los resultados descubrí que lo que fui encontrando en relación con los *habitus* y sus representaciones de la maternidad, así como la concepción de sí mismas, podía analizarse a la luz de las características del sujeto moderno. Decidí entonces incorporar al final un análisis sobre cómo en el contexto de la modernidad (Bauman 2001 y 2010; Giddens 1991) podía leerse la construcción de la identidad de las entrevistadas, aspecto que no estaba contemplado inicialmente.

En este punto resulta importante admitir que uno de los problemas a los que me vi enfrentada fue la dificultad para identificar las “representaciones sociales heredadas”, por la intervención de dos aspectos: (1) la interpretación que las sujetos hicieron sobre los hechos acontecidos durante la infancia y adolescencia estaban influidas por su manera de ver el mundo en el presente; (2) la distancia temporal pudo hacer que la narración de muchos hechos relevantes en sus biografías no fueran recordados con claridad o fueran descritos de manera muy breve. En estos casos fue necesario plantear nuevas preguntas para profundizar. En consecuencia buena parte del diálogo se focalizó en la historia “reciente”, desde la entrada a la universidad y posterior ingreso al mundo laboral.

A partir de las reflexiones en torno al uso de las historias de vida en las ciencias sociales de Godard (1996) y Bolívar (2001), estos diálogos a profundidad requirieron más de un encuentro, tanto para concluir el diálogo en torno a la historia de vida como para ampliar elementos relevantes que fueron emergiendo durante la etapa de análisis de los resultados.

De acuerdo con estos autores, las narrativas biográficas logran develar la manera en que la sociedad construye el entramado de significaciones, que luego se particularizan en cada vida. Así, aunque los relatos son siempre individuales y no necesariamente coherentes, es posible establecer el entramado social, pues “lo social se construye en lo personal y la singularidad de una historia personal puede ser una vía de acceso al conocimiento del sistema social en que [el sujeto] está inmerso o ha vivido” (Bolívar, 2001: 124).

Se accede a la interpretación que hace cada mujer sobre su propia vida, dependiendo de su memoria, de las omisiones que decida hacer sobre su pasado, la autocensura, etcétera. Este es uno de los métodos más empleados para rastrear las representaciones sociales, pues a través de los relatos que elaboran las personas –no los hechos como tal, sino la interpretación que exteriorizan a través de la narración– es factible aproximarse a sus ideas, sentimientos y prácticas (Arruda, 2010: 324).

Teniendo en cuenta que “cada vida humana revela (...) una síntesis vertical de una historia social (...)” y que “el sistema social, de este modo, está presente en cada una de las acciones, pensamientos y creencias del relato individual” (Bolívar, 2001: 139), los relatos recolectados me permitieron establecer aproximaciones a lo que está ocurriendo en torno a las representaciones de la maternidad entre estas cuatro mujeres; los resultados no pretenden ser una generalización en torno a lo que puede estar pasando en un grupo más amplio de mujeres aunque su carácter exploratorio sí posibilita establecer algunos elementos que pueden dar lugar a hipótesis para estudios de mayor envergadura y profundidad.

Los resultados se encuentran expuestos de la siguiente manera: en el primer capítulo se encuentran los elementos teóricos que pongo en relación, así como diferentes

perspectivas en torno a la maternidad desde puntos de vista feministas; cifras mundiales en Latinoamérica y Colombia en torno a la fecundidad y estudios en Colombia en torno a las representaciones sociales de la maternidad y la paternidad (Puyana, *et al.* 2003).

En el segundo capítulo presento aspectos sociodemográficos –educativos, de procedencia geográfica, socio-económicos y familiares–; además, la descripción de cada una de las entrevistadas a través de la elaboración de perfiles, en los que el lector o lectora puede vislumbrar una faceta cotidiana y personal<sup>1</sup>.

Posteriormente, expongo el análisis de los resultados, divididos en dos apartados; el primero de ellos –el tercer capítulo– contiene las representaciones de la maternidad tanto aquellas que conformaron en las primeras etapas de su vida, las que he denominado “de partida”, constituidas en espacios como la familia y el colegio; como las que describen cómo su representación se fue dinamizando durante la adolescencia, juventud y adultez a partir de sus hitos de vida y la intervención de los capitales educativos, económico y social, representaciones denominadas “de llegada”.

El siguiente capítulo de resultados –el cuarto– es una aproximación a dos representaciones íntimamente ligadas a las de la maternidad: las de la mujer y las de la madre, a partir del análisis de sus relatos en torno a sus “retratos” de la mujer, de la descripción de rasgos de sus *habitus* y su “proyecto de vida” (un elemento que apareció en las entrevistas en el que todas coincidieron en llamar de esta forma). Y finalmente, las conexiones entre *habitus*, proyecto de vida y rasgos como la individualidad, la liviandad, la libertad, la posibilidad de elegir entre opciones, entre otros, descritos por Giddens (1995) y Bauman (2000 y 2001) en torno a la identidad de los sujetos en las sociedades modernas (tardías, postradicionales o líquidas).

Como cierre, en el apartado de las conclusiones expongo a manera de síntesis los hallazgos más relevantes y formulo algunas hipótesis en torno a elementos que pueden ser profundizados para entender mejor la interrelación entre estas

---

<sup>1</sup> Este perfil fue comentado y ajustado con cada una de las entrevistadas.

representaciones y otros aspectos de la vida de las entrevistadas, como los ideales de sujeto amoroso y los contrastes en relación con los hombres que no quieren ser padres; pues durante el desarrollo de este trabajo al encontrar también algunos hombres jóvenes y adultos que no quieren ser padres decidí entrevistar a dos de ellos con la intención de mostrar que una decisión como estas trasciende a las mujeres y puede deberse a consideraciones de orden general como específico de cada género. En consecuencia podría decirse que se constituye en una decisión de género, que vale la pena comprender mejor.

## **CAPÍTULO 1: ¿DESDE QUÉ PUNTOS DE VISTA ENTENDER EL FENÓMENO? MARCO TEÓRICO**

Las representaciones sociales no son fijas sino que, de hecho, son plásticas, maleables; sus transformaciones pueden movilizarse a través de ideas, sentimientos, acciones de muchos sujetos, entre quienes surgen bajo la apariencia de ideas “originales” aunque realmente, y sin que necesariamente lo sepan, están siendo compartidas por muchas más personas con trayectorias y estilos de vida similares.

Para empezar, vale la pena exponer de dónde surge el concepto de representación social, sus posteriores transformaciones, su pertinencia para observar esta realidad particular y su relación con otros conceptos sociológicos que podrían ayudar a esclarecer la incidencia del contexto social en la transformación de la representación social e incluso su dinámica de tensión o complementariedad con otras representaciones.

El concepto nace en la obra de Durkheim, particularmente en las Formas Elementales de la vida religiosa (1982), cuando en su teoría del conocimiento expuso las características de las representaciones sociales o colectivas. Como explica Vera (2002), aproximándose al sentido que Durkheim le dio a este concepto, la vida colectiva así como la vida mental del individuo están constituidas por representaciones, pero de diferente tipo:

Las representaciones colectivas son producidas por las acciones y reacciones intercambiadas entre las conciencias individuales y, al mismo tiempo, las sobrepasan. Las representaciones colectivas necesitan de las individuales, pero no surgen de los individuos tomados aisladamente sino en su conjunto; hace falta la asociación para que las representaciones de las personas se conviertan en cosas exteriores a las conciencias individuales. De este modo, concluye Durkheim, ‘si llamamos espiritualidad a la propiedad distintiva de la vida representativa en el individuo, debemos decir que la vida social que ella define es una hiperespiritualidad’ (Vera, 2002: 108).

De acuerdo con la tesis de Durkheim, las representaciones colectivas nacen de una cooperación multitudinaria que se extiende en el tiempo y el espacio:

Una multitud de espíritus diferentes han asociado, mezclado, combinado sus ideas y sentimientos para elaborarlas; amplias series de generaciones han acumulado en ella su experiencia y saber. Se concentra en ellas algo así como un capital intelectual muy particular, infinitamente más rico y complejo que el individual (Durkheim, 1982: 14).

Pese a la importancia que hoy reviste este concepto para las ciencias sociales, en su momento fue un gran paraguas que abrigó creencias, mitos, imágenes, el idioma, el derecho, la religión y las tradiciones, como lo expone Arruda (2010), y este amplísimo alcance lo hacía poco operacional, por lo que a pesar del interés teórico que despertó, fue dejado de lado por la sociología, en un principio.

Posteriormente, el concepto fue “remodelado” por Moscovici, impulsado por la necesidad de actualizar el concepto y volverlo operacional para que pudiera ser aplicado a las sociedades contemporáneas.

Moscovici difiere de Durkheim en aspectos como que las representaciones (desde su perspectiva no colectivas, sino sociales) son exteriores a los individuos –también serían interiores en la medida que estas tienen un componente creativo– y en que son anteriores a ellos –pues son modificadas y recreadas por ellos en contextos y momentos históricos particulares–, por lo que, desde la perspectiva de Moscovici, no serían por completo anteriores a la existencia de los sujetos ni tan generales.

A partir de las reflexiones de Moscovici y discípulos suyos como la filósofa Denise Jodelet, el concepto fue profundizado y reelaborado: lo individual cobró mayor relevancia, perdió rigidez y se volvió dinámico (en la medida en que posteriormente se concluyó que al tiempo que una representación social es determinante para los sujetos también ella es determinada por estos, constantemente) y, entre otras cosas, los argumentos llevaron a ver que también es posible conocerles a través de un solo sujeto, pues cada uno es síntesis y reflejo de la sociedad en la que vive.

Pese a que esta categoría nació en la sociología y se desarrolló en el campo de la psicología social, es una herramienta teórica ubicada en la frontera entre ambas disciplinas y, además, es considerada útil y valiosa para todas las ciencias sociales; como indica Arruda, se trata de un concepto que cruza las ciencias humanas y no es patrimonio de un área particular, tiene profundas raíces en la sociología y una presencia importante en áreas como la antropología y la historia de las mentalidades, por ejemplo (2010: 317).

Esta herramienta hace palpable que, al tiempo que la realidad es construida socialmente, el saber es también una construcción del sujeto, por lo que se puede afirmar que en la Teoría de las Representaciones Sociales (TRS) se propone una psicociología del conocimiento, con un fuerte sustento sociológico (Arruda, 2010: 321).

Así, las representaciones sociales son “una modalidad particular de conocimiento cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. Es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios y liberan los poderes de su imaginación” (Moscovici, 1979: 17-18).

Jodelet, más adelante, precisaría aún más el concepto agregando que este designa una forma de conocimiento específico, el saber del sentido común. En un sentido más amplio, lo califica como una forma de pensamiento social (Jodelet, 1986: 474). Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientado hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. Se trata de un tipo de saber preexistente a los individuos pero, que al mismo tiempo, es reinterpretado y recreado por ellos a través de la comunicación entre unos y otros. En síntesis, las representaciones sociales son el modo a través del cual se hace la construcción social de la realidad.

Pese a que esta perspectiva contiene una visión lógica de las representaciones sociales, en la realidad esto no ocurre exactamente de manera tan armoniosa, pues las diversas representaciones sociales, así como los diferentes ámbitos de la vida de los sujetos, están en una correlación que no necesariamente es de coherencia y complementariedad, de hecho pueden estar en tensión; lo que significaría que las representaciones sociales muy probablemente podrían expresar esas ambivalencias y contradicciones. Por otro lado, las representaciones sociales están conformadas no solo por ideas, también hacen parte de ellas disposiciones prácticas y emociones incorporadas que no pasan por el discurso (Bourdieu, 1979). Así, las representaciones sociales de la maternidad, como todas las representaciones, tienen sentido no de manera aislada sino en relación con otras representaciones y otras esferas de la vida de los sujetos y se expresan no solo en el plano ideal, sino en el de los sentimientos y las prácticas.

#### ¿QUIÉN DETERMINA A QUIÉN? TENSION ESTRUCTURA VS SUJETO

Para el caso de las representaciones sociales, vistas desde su perspectiva más sociológica, ¿vale la pena preguntarse en qué medida la estructura social determina al sujeto o en qué medida es el sujeto quien modifica la estructura a través de las representaciones sociales? Inicialmente, el concepto ideado por Durkheim pone un marcado acento en la estructura, mientras Moscovici y Jodelet, por su parte, se van al otro extremo y ubican al sujeto en centro, dejando de lado aspectos de la estructura como la clase social, el contexto económico, educativo y las prácticas, pues el foco es puesto en la capacidad reinterpretativa y creadora del individuo.

Mi apuesta por encontrar un equilibrio en la tensión estructura/individuo y que permita ver las representaciones sociales en relación con el contexto social, y como producto de este, implica poner en diálogo las representaciones con conceptos como *habitus*, capital escolar y capital económico, de la teoría de Pierre Bourdieu.

Esta conexión de teorías significa hacerse preguntas que ponen la representación social en íntima conexión con las condiciones sociales, como ¿tener o no tener hijos tiene alguna relación con aspirar a una mejor posición en el campo profesional?, ¿en

qué momentos y de qué maneras el capital escolar y social generaron cambios en la forma de concebir la maternidad?, ¿cómo las trayectorias de vida, los capitales heredados y adquiridos incidieron en la manera de afrontar la posibilidad de reproducirse?

En el universo teórico de Bourdieu sus partes son indisociables, conforman un todo y es difícil separarlas; sin embargo, y sin dejar de tener en cuenta ese conjunto, centraré mi atención en el *habitus* para comprender la incidencia del entorno social en las representaciones sociales. Aunque en relación con el concepto de *habitus* las lecturas más difundidas en torno a la propuesta teórica de Bourdieu no exponen su aplicabilidad en cuanto a la singularidad de los sujetos, estudiosos de la obra de Bourdieu como Corcuff (2005) plantean que calificar tajantemente al autor como “holista” o señalar que hace predominar el todo sobre las partes, es discutible: “una lectura menos parcial de los trabajos de Pierre Bourdieu es capaz de poner de manifiesto cierto tratamiento singular en sus relaciones con lo colectivo” (113). Teniendo en cuenta esta posibilidad, aunque inusual, planteo la necesidad de anclar de manera más directa las representaciones sociales al contexto social, es decir, tendiendo un puente entre representaciones sociales y *habitus*.

¿Por qué considero que es posible (y necesario) entablar una conexión entre representaciones sociales y *habitus*?, Cuando el concepto –que nació con Durkheim– fue retomado por Moscovici y Jodelete sufrió varias ganancias y pérdidas: por un lado, ganó aplicabilidad, puesto que la forma en que lo expuso Durkheim lo mostraba demasiado general y abstracto; se incorporaron elementos clave como la creatividad del individuo, es decir, la idea que la estructura determina de manera unilateral al individuo perdió terreno y el individuo, con su capacidad creadora, ganó protagonismo en la dinamización de las representaciones sociales. Pero, de otro lado, el acento que le dieron Moscovici y Jodelete cargó el concepto del otro lado: del individuo; de esta manera, determinantes sociales como la clase social, el grado de escolaridad y el contexto particular quedaron invisibles. Es ahí donde encuentro que vincular el concepto de representaciones sociales con *habitus* ancla, nuevamente, al concepto al terreno sociológico, pues permite el diálogo con la estructura sin dejar de lado la capacidad *agenciadora* del individuo. Las representaciones sociales, como los

capitales, le son “entregados” inicialmente al individuo, pero también son modificados por el individuo en su trayectoria de vida. Y pese a que hay un evidente diálogo con el contexto en el dinámico proceso de su conformación (a través de lo que lo que Moscovici y Jodelet denominaron objetivación y anclaje) el contexto social se diluye desde la perspectiva de los psicólogos sociales y toma protagonismo el individuo creador. Al vincular representaciones sociales a *habitus* el contexto social aparece mejor diferenciado, entra a equilibrar la balanza en contraste con el peso subjetivo y creador de los sujetos y, como consecuencia, las representaciones cobran sentido en relación a otras ideas y prácticas más amplias del individuo (o agente, como lo llamaría Bourdieu) que estarían en consonancia con el abanico de opciones posibles limitado por la ubicación socio-económica. El *habitus*, como las representaciones, se sintetiza en prácticas y, desde un ángulo más sociológico y menos psicologizante, es producto de la incorporación de la estructura social, de los capitales heredados y adquiridos, está acorde con la percepción que el sujeto tiene del campo y con su posición en éste.

En *El sentido práctico* (1991), Bourdieu ofrece una exposición teórica amplia. El *habitus* es descrito como el origen de los principios de percepción y apreciación, fruto de los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia; allí los *habitus* son descritos como

sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente ‘reguladas’ sin ser el producto de la obediencia a reglas y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta (1991: 92).

De esta manera el *habitus*, así como las representaciones que de él puedan hacer parte, (producto de unas características sociales particulares) define los “caminos a seguir” del individuo (o grupo de individuos), es decir, el abanico de posibilidades que

puede seguir su vida; el *habitus* como condicionamiento social, incorporación de prácticas, producto de las condiciones de existencia, reflejo del contexto social y de clase, delimita, permite y restringe (Ibíd: 93). “Es una capacidad infinita de engendrar en total libertad (controlada) productos –pensamientos, percepciones, expresiones, acciones– que tienen siempre como límites las condiciones de su producción, histórica y socialmente situadas, la libertad condicionada y condicional que asegura está tan alejada de una creación de imprevisible novedad como de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales” (Ibíd:96).

Como ocurre con los capitales, el *habitus* encarna las objetivaciones de la historia, en este caso, en los cuerpos; en el caso de los capitales, en las instituciones. Heredar un *habitus* o ser portador de un *habitus* que en parte se ha heredado y en parte se ha ido construyendo en un medio social determinado, implica un diálogo o una tensión constante entre la “libertad” del individuo y la “mecanicidad” de la estructura. Es una dinámica de mutua afectación en la que, desde la perspectiva de Bourdieu, tiende a prevalecer la estructura. Así, los individuos expuestos a unas condiciones similares no actúan igual, mecánicamente, cada individuo ejerce una libertad limitada de posibilidades de acción y que se expresa en la singularidad de las trayectorias sociales, entendidas como una manera singular de recorrer el espacio social donde se expresan las disposiciones del *habitus*, “cada desplazamiento hacia una nueva posición, en tanto que implica la exclusión de un conjunto más o menos amplio de posiciones sustituibles y, con ello, un estrechamiento irreversible del abanico de posibilidades inicialmente compatibles, marca una etapa del proceso de envejecimiento social que podría calibrarse en función del número de esas alternativas decisivas, bifurcaciones del árbol de innumerables ramas muertas que representa la historia de una vida” (Bourdieu,1995: 34-35).

De acuerdo con la propuesta teórica de Bourdieu, los individuos están inmersos en un espacio social de luchas, un campo, y la posición de los sujetos en este campo está determinada por sus capitales (escolar, económico, social), en parte heredados y en parte adquiridos. Estos capitales, a la vez que la posición que se ocupa en el campo, generan una variedad de *habitus*.

Bourdieu habla de la idea de campo, en algunas ocasiones, como una analogía de “un campo de juego” o de “un campo de batalla”. Pese a las dificultades que implica resumir en pocas palabras un concepto que fue precisándose y complejizándose a medida que Bourdieu elaboraba sus obras, Bernard Lahire presenta algunos elementos fundamentales y relativamente invariables de la definición de campo que parafrasearé a continuación:

Un campo es un microcosmos dentro del macrocosmos que es el espacio social; cada uno posee reglas de juego y desafíos específicos, irreductibles a las reglas de juego y a los desafíos de otros campos; es un sistema o un espacio estructurado de posiciones, por lo que también se puede decir que es un espacio de luchas entre los distintos agentes que ocupan diversas posiciones. Estas luchas tienen por desafío la apropiación de un capital específico del campo (como el monopolio del capital legítimo) o su redefinición. El capital está desigualmente distribuido, lo que da lugar a la existencia de dominantes y dominados, así como a una fuerza histórica entre fuerzas (agentes e instituciones). En este sentido, las estrategias de los agentes se comprenden si se las pone en relación con sus posiciones en el campo, entre ellas estarían las de conservación (que con frecuencia son las de los dominantes) y las de subversión (las de los dominados o las de los recién llegados). Los intereses sociales son siempre específicos de cada campo y trascienden el interés económico. A cada campo le corresponde un *habitus* (sistema de disposiciones incorporadas) propio del campo y solo quienes han incorporado el *habitus* propio del campo están en situación de jugar el juego y de creer en la importancia de dicho juego. Cada agente está caracterizado por su trayectoria social, su *habitus* y su posición en el campo (2005: 31-32).

En este contexto, la posición que ocupan los individuos en el espacio social se deriva del volumen y la estructura de sus capitales específicos, entendido el capital y los capitales como una relación social de poder; las luchas y estrategias de los individuos por hacerse a una mejor posición en el campo involucran la puesta en juego de sus capitales, especie de bienes materiales y simbólicos con los que nacen (heredados) y que también van acumulando o transformando a lo largo de sus vidas (adquiridos); estos capitales pueden ser de distinto tipo y retraducirse entre sí de diversas formas.

El capital económico está relacionado con la posesión de bienes con valor económico; el capital escolar se refiere a las formas socialmente certificadas o avaladas de obtener conocimiento, titulaciones; por su parte, el capital cultural involucra de manera amplia el acumulado de saberes, prácticas y disposiciones derivados de la interacción en instituciones como la familia y el círculo social. Por su parte, el capital simbólico está relacionado con el prestigio, la reputación, la respetabilidad y honorabilidad.

Las dinámicas de “traducción” de los diferentes capitales están en relación con las lógicas particulares del campo específico. En el caso del campo artístico, por ejemplo, Bourdieu muestra cómo en sus comienzos un artista puede apostar a ganar mayor capital simbólico a costas de su capital económico; pero una vez ganado el capital simbólico, este se reconvertiría en capital económico, “el artista solo puede triunfar en el ámbito simbólico perdiendo en el ámbito económico (por lo menos a corto plazo), y al contrario (por lo menos a largo plazo)” (1995: 130). No ocurre así en todos los campos; significa que las particularidades en las dinámicas de los capitales dependen del modo de producción de cada campo específico. En el caso del campo artístico analizado por Bourdieu en *Las reglas del arte* hay un segmento que lo ilustra bien:

En materia de magia, no se trata de saber cuáles son las propiedades específicas del mago, o de los instrumentos, de las operaciones y de las representaciones mágicas, sino de determinar los fundamentos de la creencia colectiva o, mejor aún, del *desconocimiento colectivo*, colectivamente producido y mantenido, que es la base del poder del que el mago se apropia: si, como señala Mauss, resulta ‘imposible comprender la magia sin el grupo mágico’ es porque el poder del mago es una *impostura legítima*, colectivamente desconocida, por lo tanto reconocida. El artista que, al escribir su nombre en el *ready-made*, le confiere un precio de mercado sin proporción con su coste de fabricación, debe su eficacia mágica a toda la lógica del campo que le reconoce y le autoriza; su acto no sería más que un gesto insensato o insignificante sin el universo de los oficiantes y de los creyentes que están dispuestos a producirlo como dotado de sentido y de valor, por referencia a toda la producción cuyo producto son sus categorías de percepción y de valoración” (1995: 255-256).

Parecería que Bourdieu pone el acento de manera especial en la estructura, pero el autor introduce, en relación a los capitales de origen y de llegada, un elemento que permite comprender por qué dos personas producto de una misma sociedad, incluso de una misma familia y con capitales similares, tienen *habitus* diferentes, se trata del *efecto de trayectoria*, que se refiere a las diferentes relaciones que un sujeto establece con el mundo a raíz de sus estrategias para mejorar su posición en el campo. ¿Cómo esto se refleja en las representaciones sociales?

El efecto de trayectoria permite encontrar en la teoría de Bourdieu la posibilidad reinterpretativa del sujeto, más allá de las determinaciones que le impone la estructura social, aquí tienen cabida las divergencias, el hecho que algunos contraríen los valores dominantes de su clase o su contexto social y generen rupturas en relación a las ideas, valores y prácticas valoradas como legítimas dentro de su campo, como ocurriría con quienes han optado por declararse mujeres que no van a ser madres pese al constreñimiento de algunos sectores de su contexto social y familiar. Este comportamiento puede responder a lo que Bourdieu calificó en *Meditaciones Pascalinas* (1999) como “*habitus* desgarrados”; en esta obra aclara que los *habitus* no están necesariamente adaptados ni son necesariamente coherentes, tienen grados de “integración”, así como grados de “desviación” con respecto al estatus ocupado.

Estos *habitus* desgarrados pueden presentarse como consecuencia de disposiciones deterioradas o débiles “debido a una especie de ‘desgaste’ relacionado con la ausencia de actualización (correlativa, en particular, con un cambio de posición o condición social), o debido al efecto de una toma de conciencia asociada a una labor de transformación” (1999: 210). Es así como podría explicarse que representaciones como las de la maternidad y la idea de qué es ser mujer vayan en contravía con respecto a algunas disposiciones socialmente arraigadas o con respecto a algunos elementos de los capitales heredados o de las representaciones de partida. “Los *habitus* cambian sin cesar en función de las experiencias nuevas. Las disposiciones están sometidas a una especie de revisión permanente, pero que nunca es radical, porque se lleva a cabo a partir de las premisas instituidas en el estado anterior. Se

caracterizan por una combinación de constancia y variación que cambia según los individuos y su grado de agilidad y rigidez” (1999: 211).

Valdría la pena preguntarse, más allá de la descripción de las representaciones sociales de la maternidad entre un grupo de mujeres, ¿qué aspectos de los capitales escolares, económicos o culturales y simbólicos estuvieron involucrados en la conformación actual de su representación de la maternidad? ¿Qué conexión establecieron estas mujeres con valores sociales en ruptura? ¿Cómo puede describirse el *habitus* (posiblemente desgarrado) de estas mujeres y, dentro de este, cómo cobra sentido su representación social de la maternidad?

Por otro lado, la configuración de la representación social de la maternidad no puede verse de manera aislada con respecto a otras dimensiones de la experiencia social e individual de las mujeres. La representación social de la maternidad se encuentra en diálogo no solo con el ámbito familiar, tiene una relación de complementariedad o de tensión con otros ámbitos, como el laboral, el de ciudadana, el sentimental, entre otros.

#### REPRESENTACIONES Y *HABITUS* ¿NATURALES O SOCIALES?

Tanto el *habitus* como las representaciones sociales son percibidos por los individuos como naturales, lo que en algunos casos ha llevado a asociaciones erróneas que, para el caso de la maternidad, se hacen evidentes en “mitos” como el expuesto por Ana María Fernández, desde el psicoanálisis, relacionados con que ser mujer es igual a ser madre (Fernández: 1993). Sin contar con que esta asociación o mito estaría matizado y hasta controvertido de acuerdo con las particularidades de los contextos sociales.

A través del análisis hecho por Bourdieu de la sociedad cabileña (2000) –de la que señala, han sobrevivido unas estructuras que, protegidas especialmente por su coherencia práctica relativamente inalterada, “representan una forma paradigmática de la visión ‘falnarcicista’ y de cosmología androcéntrica que comparten todas las sociedades mediterráneas que siguen sobreviviendo, en estado social y como

fragmentado, en nuestras estructuras cognitivas y en nuestras estructuras sociales” (18)– el autor expone, partiendo de este contexto particular, cómo ocurre la construcción sexuada de la realidad, la cual se origina en una interpretación de las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres configurando lo que llama una “máquina simbólica” que ratifica la dominación masculina a través de una visión que se impone como neutra. “El programa social de percepción incorporado se aplica a todas las cosas del mundo, y en primer lugar al cuerpo en sí, en su realidad biológica: es el que construye la diferencia entre los sexos biológicos de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo” (2000, 24).

Esta división sexual construida socialmente se fundamenta en la apariencia natural de tal división y así, se genera lo que Bourdieu explica como una relación de causalidad circular “que encierra el pensamiento en la evidencia de la relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos” (2000: 24).

Trascendiendo el análisis de Bourdieu y tejiendo de manera más fina, el hecho de pensar las diferencias entre hombres y mujeres partiendo de la diferencia de los sexos (y tomando cada uno de estos como un universal: Hombre y Mujer) para definir las diferencias de los géneros, no permite, por ejemplo, pensar las particularidades al interior de cada uno de los géneros y que no parten de diferencias biológicas sino de aquellas construidas, como las existentes entre *las mujeres*. “Desde ese punto, no serían diferencias en absoluto y todas las mujeres no harían más que dar cuenta de diversas encarnaciones de una esencia arquetípica de mujer, o de imitaciones más o menos sofisticadas de una feminidad metafísico-discursiva” (2004: 204) como esclarece de Laurentis, quien expone la necesidad de comprender el género como producto de representaciones culturales, derivado de la experiencia de las relaciones de raza, de clase, de sexo, lo que remite a un sujeto “no unificado, sino múltiple, no dividido, sino contradictorio”. Así, la autora propone pensar el género siguiendo las bases de la teoría de Foucault sobre la sexualidad, como “tecnología del sexo” para plantear que:

... también el género, como representación y como auto-representación, es el producto de diversas tecnologías sociales, tales como el cine, y de discursos, epistemologías y prácticas críticas institucionalizadas, así como de prácticas de la vida cotidiana [...] [de manera que] el género no es un propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino ‘el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales’, según las palabras de Foucault, mediante la utilización de una ‘compleja tecnología política’” (205).

El género, entonces, se construye socialmente, se incorpora y se transforma como parte del *habitus* de todo individuo, y sus metamorfosis podrían jalonar, incluso, la existencia de *habitus* desgarrados. ¿Podría decirse que la manera particular de concebirse como “mujeres” de aquellas que no quieren ser madres puede estar en la base de un posible *habitus* desgarrado y de la transformación de una representación como la de la maternidad?

Por otro lado, vale la pena no perder de vista que pese a que un *habitus* es producto del contexto social, esto no significa que las diversas representaciones que pueden hacer parte de estos sistemas de disposiciones incorporadas son coherentes entre sí. Valdría, entonces, la pena preguntarse: la representación de la maternidad entre las mujeres que no quieren ser madres ¿en relación con qué otras representaciones es complementaria?, o ¿con qué otras hay tensión o contradicción?, es decir, ¿cómo coexiste la representación de la maternidad con otras en el contexto de las disposiciones incorporadas del individuo?; por ejemplo, ¿qué relación tiene la representación social de la maternidad de las mujeres en edad fértil<sup>2</sup> que no quieren ser madres con sus esferas laboral y profesional?

De acuerdo con Estudios del Centro de Estudios de la Mujer (CEM), en Chile, la esfera laboral tiene cada vez mayor incidencia sobre la identidad femenina, no solo por la mayor presencia de las mujeres en el mercado laboral en términos

---

<sup>2</sup> De acuerdo con el Ministerio de Salud, se considera que la edad fértil de las mujeres está entre los 15 y los 49 años. [http://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/VS/ED/PSP/Plantilla\\_3-4\\_Piramide\\_poblacional.pdf](http://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/VS/ED/PSP/Plantilla_3-4_Piramide_poblacional.pdf) (consultado el 18 de septiembre de 2014)

cuantitativos; al ser percibida como un espacio de autorrealización y autonomía constituye un referente que interroga y amplía referentes identitarios femeninos tradicionales como la maternidad (2005, p 6).

El estudio expone que actualmente los individuos están viviendo un cambio de paradigma laboral, pues el capitalismo nacional industrial está siendo reemplazado por el capitalismo global flexible, en el que la flexibilidad laboral (contratos a plazo fijo, temporales, a honorarios, nuevas formas de trabajo a domicilio y de trabajo parcial, etcétera) está teniendo incidencias no solo en la representación del trabajo; estaría generando transformaciones en las diferentes representaciones sociales de los hombres y mujeres que laboran bajo las lógicas de este paradigma.

Una de las consecuencias más relevantes se relaciona con lo que algunos autores han llamado la “radicalización del proceso de individualización” (Melucci 2001; Beck 2001; Lechner 2002; Bauman 2003), “entendida como el proceso mediante el cual las personas incrementan su autonomía y asumen la tarea de construir reflexivamente su identidad y dar forma a sus biografías, (...) uno de los rasgos definitorios del horizonte sociocultural de la modernidad”. (CEM, 25). ¿Tiene la radicalización del proceso de individualización una relación con el hecho que hombres y mujeres estén decidiendo no ser padres y madres? Pese a que el foco del análisis serán las representaciones sociales de la maternidad, en relación con los *habitus* y capitales de las mujeres, también se tendrá en cuenta en el análisis con qué otras representaciones está conectada la de maternidad.

#### ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE MATERNIDAD?

Podría parecer obvio, sin embargo no lo es. La Real Academia de la Lengua Española define maternidad como: “Estado o cualidad de madre”, es decir, ser madre que, a su vez, es definido como: “Hembra que ha parido”. Pero, ¿realmente se limita la maternidad al hecho biológico? Y, si solo las mujeres –más no los hombres– son quienes pueden parir, ¿esto significaría que las mujeres “fueron hechas” para parir?

Buena parte de los estudios feministas han analizado este estado de cosas, para develar que, pese a que se trata en principio de un hecho biológico, los significados a los que se asocian el parir y el ser madre varían a lo largo de la historia y de las culturas, como lo señala Badinter en *Existe el instinto maternal* (1991). De hecho, el feminismo fue la primera teoría social que controvirtió el papel de las madres dentro de la sociedad (Frischmuth, 2014: 46).

La posibilidad biológica de parir que tienen las mujeres se ha prestado para extender una falsa conclusión: que el propósito de vida de las mujeres (potencialmente madres) es que todas ellas deben ser madres. Aunque inicialmente la maternidad es la posibilidad que tienen las mujeres de dar a luz, desde una perspectiva psicológica sin matices de contextualización socio-económica, Fernández habla de la configuración de un mito social según el cual la mujer alcanza su realización personal a través de la maternidad, es decir, que esta posibilidad biológica es la razón de ser de su existencia. “Desde esta perspectiva, la maternidad da sentido a la feminidad; la madre es el paradigma de la mujer, en suma; la esencia de la mujer es ser madre” (Fernández, 1993: 161).

Para controvertir esta idea y su funcionamiento social se hace indispensable poner de presente que este universo de sentidos en torno a la maternidad no es natural sino construido socialmente y tomado por natural a través de procesos de naturalización.

Los análisis de diferentes corrientes feministas también han corroborado este hecho, pero la postura frente a la maternidad es diversa. Silke Frischmuth (2014) identifica 3 posiciones feministas en torno a la maternidad:

- La maternidad como cómplice del patriarcado, es decir, como causa de la subordinación de las mujeres.
- La maternidad como una experiencia *empoderadora* y base para una cultura feminista separatista.
- La maternidad como un evento natural.

En la primera corriente, la anti-maternidad, Simone de Beauvoir (1949) y Shulamith Firestone (1970) son dos de sus exponentes más destacadas. Consideran que las posibilidades reproductivas de las mujeres causaron su dependencia con respecto a los hombres, pues tener hijos limita la movilidad de las mujeres y las restringe a las tareas domésticas. Destacan varias contraposiciones, como las de la naturaleza (asociada a lo femenino) y la cultura, la ciencia y el arte (lo masculino); y el trabajo reproductivo (maternidad, trabajos doméstico y de cuidado y que no son considerados como tal como trabajo) en contraposición al trabajo productivo (todos los demás trabajos, considerados verdaderos trabajos).

Una de las principales críticas a esta corriente es que, al tomar solo en cuenta las experiencias y actitudes de las mujeres blancas de clase media dejan de lado las de las mujeres afro y, además, han obviado las características clasistas y racistas de la división del trabajo, como lo señala Collins (1994).

En contraposición a esta corriente está la de las feministas maternas (aunque algunas sean feministas radicales); aseguran que ser madre no es el problema –de hecho lo ven como algo positivo–, sino serlo bajo las condiciones del patriarcado. Desde esta corriente se tiende a idealizar a las madres como personas pacíficas y cariñosas, por lo que se propone extender los valores “femeninos” a toda la sociedad y, de esta manera, eliminar los valores “masculinos”, como la agresividad y violencia.

En tercer lugar están las corrientes feministas en las que la maternidad no es un tema relevante, entre estas corrientes se encuentran el feminismo liberal y el feminismo socialista. En ambos casos, se analiza la relación entre las mujeres y el capitalismo, en el que, por ejemplo, cobra importancia las oportunidades de trabajo y las características de los mismos; también la maternidad aparece como obstáculo para la participación plena de las mujeres en la vida profesional. “Tanto las feministas liberales como las socialistas demandan que la sociedad provea guarderías de cuidado a los niños de alta calidad y a precios razonables” (Frischmuth, 2014: 47). Por su parte, las feministas socialistas ahondan en aspectos como la estratificación de género y raza existente en el mercado laboral. La autora señala que, dentro de esta categoría, se podrían incluir también las feministas afro de los Estados Unidos y

algunas de países en vía de desarrollo, quienes tampoco ven la maternidad como un problema, sino las condiciones en las que se debe ejercer. Cita a Collins (1994) para exponer el caso de muchas madres negras en Estados Unidos, cuya preocupación no es la ayuda con los trabajos domésticos, sino asegurar que sus hijos sobrevivan más allá de la niñez en un contexto hostil.

No existe una postura única desde el feminismo frente a la maternidad, pero hay algo claro: se trata de un hecho más que biológico, es social, se ha transformado y sigue haciéndolo.

Cristina Palomar (2005), por ejemplo, hace un recuento de los hallazgos de diversas estudiosas de las ciencias sociales en relación con la polisemia de la maternidad a lo largo de la historia de occidente, se basa en estudios de investigadoras de las ciencias sociales (como Badinter, 1980; Lerner, 1990; Knibiehler, 1980, 1999, 2000, 2001, 2004; Thébaud, 2005; Boudiou, Brulé y Pierini, 2005, entre otras). Pese a que estos importantes estudios han expuesto aspectos hasta entonces invisibles, también hay que decir que suelen estar enfocados en la sociedad blanca de estrato medio, por lo cual en muchas ocasiones dejan por fuera la experiencia de mujeres afro o de diversas procedencias indígenas, así como a las más pobres o a las más ricas.

En el presente trabajo, la maternidad se toma como un hecho social, es decir, cuyos sentidos y prácticas se derivan del contexto socioeconómico y cultural en el que se presenta; está influida, además de las vivencias personales de las mujeres, por el espacio social en el que han transcurrido sus vidas; se trata de “una construcción cultural multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia” (Palomar, 2005: 36). Así, la maternidad está en íntima relación y concordancia con el “espíritu” de una época y de una cultura, hace parte de una red de significados contruidos socialmente y se expresa tanto en los discursos, como en las prácticas y los sentimientos.

## ALGUNAS CIFRAS SOBRE MATERNIDAD EN AMÉRICA LATINA Y COLOMBIA

Para aproximarnos a las transformaciones que ocurren en la representación de la maternidad, vale la pena conocer los cambios que en la familia se vienen presentando en el mundo, especialmente en América Latina y Colombia, los cuales están en íntima relación con las narraciones de las mujeres que han optado por no ser madres.

Entre 2000 y 2005, la tasa de fecundidad mundial en las denominadas “regiones más desarrolladas” estaba por debajo del de otras partes del mundo. De acuerdo con las proyecciones actuales, en países como España e Italia el déficit de hijos puede ser de hasta 0,7 -0,8 (cálculos de Eurostat 2002: cuadro II). “El problema es considerado con preocupación por políticos y demógrafos europeos, fundamentalmente por sus consecuencias sobre el envejecimiento y la inminente carga que implican las pensiones y la atención de los ancianos” (CEPAL, 2004).

De acuerdo con el informe, las principales causas para que la población europea no quiera tener descendencia son las prioridades de las personas, que son, en primer lugar, educarse y, posteriormente, obtener un empleo y establecerse profesionalmente; en último lugar está el encontrar un compañero o compañera con quien tener hijos, propósito que no siempre se logra o, cuando se consigue, es demasiado tarde.

Estados Unidos es una excepción a esta tendencia entre los países desarrollados, pues su promedio es de 2,11 (UNFPA, 2004: indicadores demográficos, sociales y económicos), la razón es la fecundidad de las mujeres hispanas inmigrantes, cuyo promedio fue de 2,98 hijos en 1999.

En América Latina –donde la tasa de fecundidad es de 2,53– las mujeres expresan tener más hijos de los deseados, en un promedio de 0,8 hijos más (UNFPA, 2004). En esta región también se presentan otros cambios que vale la pena mencionar: quizá uno de los más importantes es que el modelo tradicional de familia (con padre proveedor y madre ama de casa) ya no corresponde a la mayoría de los hogares, ahora le corresponde un 36%. “Ha crecido el número de hogares en que ambos

cónyuges trabajan y se ha producido un incremento en las relaciones prematrimoniales. Asimismo, ha aumentado el número de uniones consensuales y los casos de uniones sucesivas que se traducen en diferentes tipos de arreglos legales y económicos para la crianza de los hijos” (CEPAL, 2004).

Por otro lado, el creciente empoderamiento de las mujeres, así como su independencia económica han generado cambios notables: aumento de su esperanza de vida, de las separaciones y divorcios, de la migración y de la soltería. En el ámbito familiar, ha significado que los hogares monoparentales (en los que la jefatura es asumida por una sola persona) en su mayoría ahora sean liderados por mujeres. “La creciente independencia económica de las mujeres ha ampliado su margen de negociación en cuanto a derechos y responsabilidades domésticas. La estabilidad de estas relaciones depende ahora más de la compatibilidad de proyectos de vida y de la existencia de expectativas similares respecto del papel de cada uno de los cónyuges, que de la adhesión a patrones familiares tradicionales” (CEPAL, 2004).

En Colombia, entre 1965 y 1970 la tasa de fecundidad fue de 6 hijos por mujer. Posteriormente, este promedio descendió drásticamente hasta 1985, momento en el que la tendencia se desacelera y, actualmente, Colombia hace parte de los países con una tasa de fecundidad bajos (entre 1,5 y 2,5 hijos por mujer) y esperanza de vida entre los 71 y los 76 años.

Las cifras entregadas por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE en el censo de 2005, indican que la tasa de natalidad ha descendido notoriamente en la última década y, de acuerdo con los cálculos, seguirá disminuyendo. El DANE halló que en 2006 una mujer en edad fértil tendría, en promedio, 2,86 hijos y, según las proyecciones a 2020, la cifra bajaría a 2,29 (DANE, 2005: 3).

Pero pese a este descenso en los niveles generales de fecundidad, continúa en ascenso el llamado “embarazo adolescente”. De acuerdo con los Estudios a Profundidad de la Encuesta Nacional de Demografía 1990 – 2010, en este periodo de tiempo la proporción de adolescentes madres o embarazadas aumentó del 18,8% al

19,5%, teniendo una leve tendencia a la baja en los últimos 5 años. “El embarazo adolescente es mayor en las zonas rurales que urbanas, y mayor entre las mujeres de menor nivel socioeconómico (riqueza)” (Flórez y Soto, 2013: 49). De acuerdo con el estudio, el embarazo adolescente disminuye en la medida que aumenta el nivel educativo y la asistencia escolar, el nivel de riqueza del hogar y el nivel educativo de la madre.

Pese a este panorama, en general, ha habido un descenso de la fecundidad en el país y esto tiene incidencias diversas. En términos económicos, una de las consecuencias macro es el llamado bono demográfico, “que se da cuando el descenso de la fecundidad sostenido por varias décadas produce una reducción – primero relativa y después absoluta– de la población menor de 15 años, al tiempo que se experimenta un fuerte crecimiento relativo de la población activa, en circunstancias en que aún no aumenta sustancialmente el grupo de adultos mayores” (Martínez, 2013).

De acuerdo con La Encuesta Nacional de Demografía y Salud 1990-2010 (2013), las regiones de mayor desarrollo (Eje Cafetero, Valle, Medellín y Bogotá) son las que presentan menores tasas de fecundidad y actualmente están por debajo del nivel de reemplazo (cuando se alcanza el mismo número de años vividos en cada generación) (Martínez, 2013: 7). El país, según las estimaciones, vivirá este bono demográfico por espacio de 23 a 31 años, lo que representa, según el autor, una oportunidad excepcional para que el país alcance un crecimiento económico sostenido; pero “esto no ocurrirá si no se genera suficiente empleo productivo, si las familias no ahorran lo necesario o si no se mejora la educación para las nuevas generaciones” (Martínez, 2013: 10).

El descenso de la fecundidad también podría implicar que el país esté en camino de experimentar una Segunda Transición Demográfica (STD); “se utiliza para describir los cambios en la formación de la familia, disolución de las uniones y patrones de reconstitución de la familia experimentados por las naciones occidentales desarrolladas después de la II Guerra Mundial” (Flórez y Sánchez, 2013: 18). Entre otras cosas y, de acuerdo con las autoras, los cambios demográficos de la STD están

acompañados de transformaciones sociales como la presencia de valores posmodernos, pérdida de poder y control por parte de la religión, la ruptura definitiva entre sexualidad y procreación, relaciones más simétricas entre los sexos y presencia de otras formas de organización familiar diferentes al matrimonio, como los hogares unipersonales, entre otros.

De acuerdo con los hallazgos, Colombia aún no está viviendo una Segunda Transición Demográfica, pero está en vía de hacerlo y algunas características (como la postergación de la maternidad y niveles de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo) sí están presentes en las mujeres de mayor nivel educativo y en las regiones más desarrolladas. “En el caso de las mujeres con educación superior, la tasa total de fecundidad llega a 1,4 (tasa por debajo del nivel de reemplazo). Lo anterior indica que esta característica de la Segunda Transición Demográfica está presente entre las mujeres de mayor nivel educativo” (Flórez y Sánchez, 2013: 19).

Las mujeres que hacen parte del presente estudio, provenientes de las regiones de mayor desarrollo del país y con un alto nivel educativo, podrían presentar las características de las mujeres de los países que ya vivieron la Segunda Transición Demográfica y en los cuales se dio una reorientación de los valores en torno a la sexualidad, el matrimonio y los hijos, el aumento de la individuación, secularización y sentimientos relacionados con posmodernidad en general.

De acuerdo con Flórez y Sánchez (2013: 15) la STD inició en países desarrollados de Europa occidental y se ha extendido a los demás países europeos no occidentales, a otros países desarrollados como Estados Unidos y en menor grado a los países industrializados de Asia. En cada país es síntoma de algo distinto, pero, en general, puede estar relacionado con un aumento de las condiciones económicas, buen nivel educativo y emancipación de las mujeres.

## LA REPRESENTACIÓN DE LA MATERNIDAD EN LOS ÚLTIMOS AÑOS EN COLOMBIA

¿Qué ha cambiado en cuanto a la representación social de la maternidad en los últimos años en el país? Para resolver esta pregunta, vale la pena citar los resultados de uno de los estudios más importantes y ambiciosos que sobre el tema se ha llevado a cabo en el país recientemente, el cual indagó sobre los cambios y permanencias de las representaciones sociales de la maternidad y la paternidad en 5 ciudades: Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga y Cartagena. El estudio, que se desarrolló entre 1998 y 2000, indagó cómo las familias y las relaciones familiares se transforman gracias a las dinámicas sociales y, al mismo tiempo, cómo la vida familiar influye en nuevas concepciones y prácticas de la sociedad (Puyana *et al.* 2003).

Pese a la tesis de la investigadora de familia Virginia Gutiérrez de Pineda sobre la existencia de diferencias regionales en torno a estas representaciones sociales, en la práctica dichas diferencias no se advirtieron o no fueron significativas. “La urbanización, el matrimonio entre hombres y mujeres provenientes de distintas regiones del país, el acceso masivo de la población a los medios de comunicación, la educación y otras corrientes culturales, entre otros factores, han influido en cambios en la representaciones sociales acerca de la paternidad y maternidad que deslindan las fronteras regionales” (Puyana, *et al.* 2003: 7).

Las investigadoras agruparon en tres tendencias las distintas narraciones de padres y madres, quienes debieron comparar lo que para ellas y ellos significa ser padres y madres en relación a cómo lo fueron sus padres. La primera tendencia identificada fue la *tradicional*, que se caracteriza por la resistencia al cambio, reproduce las formas de ser padre y madre propia de los años 60. La segunda tendencia es la de *transición*, en la que aparecen formas cambiantes y contradictorias de asumir la maternidad y la paternidad. Por último, está la tendencia de *en ruptura*, cuyas representaciones incorporan elementos innovadores.

El rango de los padres y madres de esta investigación coincide con las edades de los padres y madres de las mujeres entrevistadas para este estudio, por lo que se torna

pertinente exponer de manera más amplia las características de padres y madres en estas tres tendencias.

Los padres de la tendencia **tradicional** son valorados por su papel de proveedores, participan de manera muy limitada en la crianza de los hijos, son poco comunicativos y poco expresivos en relación a sus afectos, dan la última palabra en la toma de decisiones importantes y suelen emplear castigos físicos drásticos sin escuchar a sus hijos. Las madres, por su parte, son amas de casa, su proyecto de vida principal es la maternidad: se dedican principalmente a la crianza, cuidado, socialización y alimentación de sus hijos. Algunas participan de actividades productivas que complementan los ingresos del hogar y que son, por lo general, la comercialización de productos artesanales o de servicios. Algunas veces son afectuosas, pero manifiestan su cariño con temor de perder el respeto de los hijos.

Para los hombres de esta tendencia, la paternidad no afectó radicalmente su proyecto de vida, salvo que se esforzaron por obtener mayores ingresos económicos, consumir menos para ellos mismos y pasar más tiempo en su casa. Por su parte, las mujeres debieron cambiar por completo su vida cotidiana, pues debieron encargarse del cuidado de los hijos.

En cuanto a los que están en **transición**, el cambio más notorio se refiere a la división sexual de los roles; las mujeres, por ejemplo, ingresan al mercado laboral y son también proveedoras, pero esto no significa que los hombres se involucren más en las labores del hogar. El rol proveedor de ellas les genera un sentimiento de culpa, pues sienten que esto no les deja el tiempo suficiente para cumplir cabalmente su rol de madres. En estos padres y madres hay una fuerte ambigüedad en relación con las formas de imponer la autoridad: al tiempo que valoran el diálogo, acuden a los castigos físicos. Se consideran a sí mismos más afectuosos y comunicativos de lo que fueron sus progenitores.

Finalmente, los padres y madres en **ruptura** son calificados como una minoría que constituye una “vanguardia emergente”. Se caracterizan por mantener relaciones de poder horizontales, basadas en la equidad de género, tienen una actitud de

autorreflexión constante en relación con sus vidas y sus problemas; abandonan ideas preestablecidas o fijas por lo que negocian frecuentemente con sus hijos los límites y las normas. Las decisiones y emociones de este tipo de padres y madres toman como fuente de información diferentes ciencias (antropología, psicología, biología, pedagogía, etcétera); su propósito es formar hijos a partir de los criterios de autonomía, solidaridad, felicidad, honestidad y auto responsabilidad; se consideran a sí mismos padres-amigos de sus hijos, son afectuosos y le dan mayor importancia a la buena comunicación más que a la imposición de normas.

De acuerdo con las investigadoras, en las diferentes ciudades hay elementos sociales transversales, entre ellos el descenso de la fecundidad, el aumento de la participación de las mujeres en el ámbito laboral, el aumento del nivel educativo –especialmente de las mujeres– y aumento en la tasa de divorcios.

Por otra parte, y en particular sobre la maternidad, Puyana señala que en muchas ciudades aún persisten ideas como que la mamá –y no el papá– es indispensable en la crianza y el crecimiento del hijo o hija (2003: 70). Estas y muchas otras ideas asociadas a la representación social de la maternidad continúan transformándose en la sociedad colombiana.

Las tendencias identificadas por este equipo de investigadoras describen las representaciones sociales de maternidad y paternidad con las que se criaron las mujeres que hacen parte del presente estudio. Este contexto global nos da pistas importantes para situar las transformaciones que siguen ocurriendo en esta representación entre las mujeres que hoy en día eligen no ser madres en la ciudad de Bogotá.

## **CAPÍTULO 2: GENERALIDADES Y PARTICULARIDADES DE LAS ENTREVISTADAS**

Las mujeres que hacen parte de este estudio son 4, pertenecen a mi contexto próximo y, voluntariamente, quisieron ser entrevistadas luego de que en conversaciones informales expusiera mi tema de investigación.

Nacieron entre 1975 y 1988 y sus edades oscilan entre los 25 y los 38 años. Se identifican con el estrato medio; provienen de ciudades ubicadas en el centro del país como Cajamarca (Tolima), Manizales (Caldas), Bucaramanga (Santander) y Bogotá. Actualmente su domicilio es Bogotá y residen en barrios como La Soledad y La Esmeralda, que corresponden a estratos 3 y 4.

En el caso de las tres mujeres que no son de Bogotá, el motivo del traslado fue porque ellas (o sus padres) consideraron que esta ciudad ofrece mejores oportunidades de trabajo y estudio que sus ciudades de origen.

En cuanto a su formación, tienen pregrado en carreras de las ciencias humanas (tres de cuatro): Comunicación Social y Periodismo, Ciencia Política y Derecho; y en ciencias exactas (una): la Ingeniería Ambiental. Todas tienen estudios de posgrado, en la mayoría de los casos en el nivel de especializaciones (tres de cuatro) y una de ellas en el nivel de maestría y doctorado.

Sobre su familia de origen, tres de las cuatro entrevistadas provienen de hogares nucleares biparentales, conformados por madre, padre e hijos (y que aún permanecen unidos)<sup>3</sup>; en uno de los casos los padres son divorciados y ambos conformaron nuevos hogares nucleares biparentales. El grado de escolaridad de los padres y madres de las entrevistadas es heterogéneo: cinco de ocho tienen estudios

---

<sup>3</sup> Este, pese a ser el tipo de familia mayoritario en América Latina (36%) de acuerdo con informes de la Cepal (2004), ha venido disminuyendo significativamente para dar paso al aumento de otro tipo de hogares, como los unipersonales y sin núcleo.

universitarios y de posgrado (especializaciones); dos tienen solo la primaria y uno bachillerato y estudios técnicos.

En contraste, en Bogotá, dos de las entrevistadas conformaron hogares unipersonales y las dos restantes hogares sin núcleo (comparten apartamento con amigos)<sup>4</sup>.

## PERFILES

Los siguientes perfiles buscan acercar a los lectores a cada una de las mujeres que hizo parte de esta investigación, pues más que un nombre son personas cuya vida sigue transformándose. Más que una descripción exhaustiva, el perfil recoge algunos rasgos que, desde mi perspectiva, son significativos y las retrata en la cotidianidad. Cada descripción está acompañada de una imagen o autorretrato con el que cada una se siente identificada.

Estas son las cuatro mujeres que, en edad fértil, decidieron no ser madres:

### *Isabel, ecológicamente responsable*

Tener un cultivo de lombrices en la terraza del apartamento en el que vive es una de las ideas que ronda últimamente su cabeza, pues el abono que produzcan será importante para los cultivos de plantas comestibles como tomate, cilantro y aromáticas que piensa sembrar en poco tiempo para su propio consumo. Para Isabel empezar por tener una pequeña huerta es ir aproximándose a su meta de tener una finca autosostenible, donde los alimentos se produzcan sin el uso de agroquímicos.



---

<sup>4</sup> En cuanto a cifras mundiales, de acuerdo con el informe (Cepal 2004), entre 1990 y 2002, por ejemplo, los hogares unipersonales han aumentado considerablemente –de 6,4% a 8,4%– lo que significa alrededor de 7,5 millones de personas en el mundo.

Esta ingeniera ambiental, egresada de la Universidad Católica de Manizales, procura que su huella ecológica<sup>5</sup> sea baja, por eso se fija en cosas como mantener apagados los bombillos, no verter el aceite por la rejilla del lavaplatos sino almacenarlo en un frasco (pues este contamina gran cantidad de agua), leer atentamente la etiqueta de los productos que consume para verificar que se produzcan localmente y que, en lo posible, hayan sido producidos bajo condiciones ambientalmente responsables. Pese a su compromiso ambiental, la duración del baño en las mañanas es de esas cosas en las que se permite algo de incoherencia, pues tarda más de 30 minutos.

Isabel tiene 29 años y se vino a vivir a Bogotá hace 5, luego de graduarse del pregrado. En la capital estudió una especialización en Gestión Ambiental y empezó su vida laboral. Hasta hace poco tiempo estuvo vinculada a una empresa hidráulica y sanitaria donde le estaban exigiendo trabajar hasta los domingos, de lo contrario significaría que ella no estaba lo suficientemente comprometida con su empleo, argüían. Al final decidió que estaba más comprometida con su propia vida y renunció.

De pequeña nunca fue la mamá de sus muñecas. Pensar en el tema de ser madre le genera incluso malestar físico. Considera que los niños son un obstáculo para dedicarse a sus proyectos. Ahora, lo más parecido a un hijo es su gata Fafis, que la hace sufrir cuando se va de paseo por los tejados durante varios días. En la actualidad dedica su tiempo a buscar un nuevo empleo, jugar con Fafis, leer sobre agroecología, explorar posibilidades para hacer un doctorado en el exterior, ir de rumba con sus amigos, verse con su novio, asistir a eventos culturales y académicos sobre agroecología.

Tiene un tatuaje con el símbolo de la paz en su muñeca izquierda, adora el rock and roll y la vida en el campo. Sueña con tener una granja autosostenible, con cultivos orgánicos y enseñarles a otras personas cómo hacer su propia granja de bajo impacto

---

<sup>5</sup> Huella ecológica o ambiental es un indicador del impacto que se genera sobre el medio ambiente a partir de la demanda de los recursos en relación con la capacidad del planeta para regenerar esos mismos recursos.

ambiental; de hecho, quiere recorrer el mundo exponiendo su experiencia para que muchas más personas cambien su estilo de vida.

*Paola, súper heroína al rescate de las mujeres*



Son las 9:00 de la mañana, Paola recibe una llamada. “¿Cuánto tienes de embarazo? ¿Estás segura de que quieres abortar? ¿Y qué te dijeron en la EPS? ¡Te tienen que atender!”, dice indignada. Se trata de uno de los cerca de 3 casos que Paola atiende a diario por parte de mujeres que quieren interrumpir su embarazo aludiendo la tercera causal de excepción: cuando amenaza la salud o la vida de las mujeres.

Aún sigue en casa. Alista rápidamente su maleta mientras se lava los dientes, siempre está de afán y haciendo varias cosas a la vez. Sus Combers blancos, sin medias, combinan con su vestido igualmente blanco, sobre el que resalta su cabello corto y azul. “Pimientaaa”, grita. “Chao mi gordo, te quiero”, le dice al gato. No encuentra las llaves, dura 10 minutos buscándolas, entre tanto habla por celular; al encontrarlas coge su cicla y sale rápidamente a cumplir una cita en la Casa de Igualdad, donde suele atender a quienes la consultan en busca de asesoría jurídica para abortar, una de sus responsabilidades como abogada de la ONG Mesa para la Vida y la Salud de las Mujeres, dedicada a la defensa de los derechos sexuales y reproductivos.

Paola es la hija mayor de tres hermanos, con los que sintió que tuvo una “maternidad adelantada”, pues ella los cuidaba mientras sus padres estaban ausentes: ambos trabajaban mucho y su madre estudiaba en las noches y los fines de semana, así que no pasaron mucho tiempo con ella y sus hermanos.

Nació en Cajamarca, Tolima, pero se fue a estudiar Derecho a la Universidad de Caldas luego de terminar el colegio. Hoy en día tiene 25 años y le gusta pintar al óleo, cocinar, dormir, fumar, consentir a su gato, pasar tiempo con su novio y trabajar hasta muy tarde en la noche y los fines de semana. A Paola también le gusta discutir apasionadamente, sobre todo cuando no está de acuerdo con algo –que es casi siempre—. Le molesta que el mundo sea tan machista y que el sistema de salud atropelle los derechos de las personas; en contraste, se define a sí misma como una súper heroína que defiende los derechos de las mujeres, por lo que piensa que en un futuro quiere ser Presidenta de Colombia, pues considera que la participación política es el camino por el cual se puede avanzar hacia una sociedad más equitativa.

Esta abogada recalca que los hijos requieren mucho tiempo, que es justo aquél elementopreciado que una súper heroína como ella no tiene, en parte por eso dice que no quiere tener uno... sus decenas de ocupaciones y sueños lo demandan por completo.

*Liliana, ávida de conocer el mundo y de contarlo*

En las mañanas, al levantarse, Liliana suele prepararse un desayuno generoso: pica fruta, hace chocolate, arepas y sánduches. Y como está “rehaciendo” su vida –abandonó la comunicación organizacional para dedicarse al periodismo investigativo–, también aprovecha para enterarse de todo lo que está pasando en el mundo, especialmente en la movida cultural: performances, exposiciones de artistas, tendencias en la red, en el arte y en la escritura. Suele leer *El Espectador* y *Semana* y, de vez en cuando, escucha *La W*.



Esta periodista santandereana de 38 años vive con Pascual, hogareño y cariñoso, y Agustina, independiente e intrépida, sus gatos. Dedicaba buena parte de su tiempo a leer, a hacer sus trabajos *free lance* y a la

escritura de propuestas para convocatorias, además de cuidar a sus mascotas y al jardín que tiene en el balcón.

Por las noches asiste a conferencias de temas como periodismo, diseño, literatura, danza. Suele ir con amigos que conoció en el Curso de Periodismo de la Universidad de Los Andes, que hacía parte del concurso organizado del Instituto Distrital de Artes (Idartes), en el que resultó ganadora del Premio de periodismo y crítica para las Artes con la propuesta: A 68 lenguas de alcanzar la diversidad, una reflexión sobre las causas de la erosión y pérdida de lenguas nativas.

Liliana vive en Bogotá desde los 7 años, es la mayor de dos hermanos; sus padres decidieron venirse a la capital porque consideraban que ofrecía mejores oportunidades de estudio y de trabajo. A esta altura ya perdió el acento, pero no el carácter fuerte que dicen que caracteriza a muchas santandereanas. Estudió Comunicación Social – Periodismo en la Universidad Externado de Colombia. Allí conoció a su primer gran amor, un hombre dedicado a la cuentería. Como consecuencia final de esta relación aprendió a bailar tango. “Él me inscribió dizque para arreglar nuestra relación en un momento de crisis. Y claro que la arregló: el tango me dio confianza, conciencia y a partir de allí decidí que lo mejor era que termináramos. Desde entonces el tango es mi propio símbolo de libertad”. Siempre que puede va milongas, que es cuando se pone sus tacones altos.

Decidió no tener hijos porque no le llama la atención “la responsabilidad de criar a otro ser humano”; por eso Liliana decidió a los 30 años que ella misma era su propio proyecto de vida. Las rupturas amorosas traumáticas que vivió a esa edad le dejaron la enseñanza de buscar un amor más independiente, “sin los compromisos que la cultura colombiana impone a las parejas”, por ejemplo, que a la mujer le corresponda ser la responsable del hogar o que deje de estudiar para acompañar al hombre en la consecución de sus objetivos. “No he dejado de creer en el amor de pareja pero prefiero esperar lo bueno”. Se define a sí misma como soñadora, rumbera, pero también melancólica y un poco solitaria –más no sola–. De hecho, compartir con sus amigos y amigas es una de sus actividades más preciadas. A corto plazo, quiere

estudiar una maestría y viajar por el mundo, “me veo en un lugar diferente a Bogotá, siempre recorriendo calles nuevas”.

*Angélica: con desacuerdos profundos por las clasificaciones*

De pequeña Angélica se crió con la idea que ser bonita era importante (para agradarle a los hombres), así que haber nacido con ojos azules y cabello claro –en un contexto mestizo– fue como haber nacido con una ventaja estética. A sus 33 años, estando en Barcelona (España), pudo por fin cortarse el cabello a ras, como lo había querido desde hacía mucho tiempo... Se liberó no solo de la carga de arreglarlo, se liberó de la carga simbólica, la connotación de feminidad que trae consigo el cabello en las mujeres.



De regreso a Colombia, hace unos pocos meses, iba caminando por la calle 42 con carrera 13 hacia la EPS para renovar su afiliación y antes de cruzar la calle, un hombre le gritó: “lesbiana machorra, aquí le tengo lo que le hace falta”. “No saben nada de ti, pero si tienes el cabello largo asumen que... A mí no me funciona porque para mí no es un insulto”, dice Angélica.

Con su apariencia reta la tendencia social de clasificarlo todo. Ni ella quiere clasificarse, ni tener que definirse, ni que los demás tengan que hacerlo. De hecho quisiera lucir más ambigua, pero... es una mujer con curvas. “¿Qué cómo me describo como mujer... Es una cosa que a mí todo el tiempo me está conflictuando, yo no me creo –o espero no creerme– que tenga que definirme, soy mujer o no soy mujer, no pienso que tenga que definirme, más lo vivo como un conflicto en términos de qué me gusta de mi condición, de mi posición, de la manera en que vivo; yo creo

que yo me puedo hacer a mí misma, quizá suena a que creo mucho en mi capacidad personal... Y puede sonar mal...”.

Angélica es bogotana, tiene 36 años, estudió Ciencia Política en la Universidad Nacional, luego la maestría en Estudios Políticos del Iepri (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) también de la Universidad Nacional y, ahora, está terminando el doctorado en Filosofía en la Universidad Autónoma de Barcelona. Desde el pregrado sus inquietudes académicas han estado enfocadas en la participación política de las mujeres; todo inició cuando en una clase de Leopoldo Múnera propuso un trabajo sobre las posiciones a favor y en contra del aborto en la Facultad de Derecho (que, por cierto, luego descubriría que es muy goda). En ese momento sus rebeldías tomaron curso, cuando conoció el feminismo.

Angélica tiene una voz suave, pero al escucharla hablar se descubre la fuerza de sus argumentos. Habla con propiedad y mucha claridad sobre sus posturas ideológicas, sus intereses académicos, el hecho que el feminismo no está solo en la discusión académica, está en la vida misma. Y pese a sus deconstrucciones, está presente un algo “maternal” en su trato. Ha trabajado en diversos lugares comprometidos con la defensa de los derechos de las mujeres, como en la Casa de la Mujer, su escuela de feminismo radical y la Política Pública de Mujer y Géneros, durante la administración de Lucho Garzón. Ahora está en Colombia, terminando su tesis sobre la participación política de las mujeres en Colombia. Además de trabajar dedica su tiempo libre a compartir con su familia, sus mejores amigas y a dos iniciativas de activismo político en relación a la población LGBT.

Es una persona modesta e inteligente; reflexiva, respetuosa, crítica. Quizá su conflicto interno se derive de querer reconciliar la reflexión académica con la vida misma, ¿en qué medida es posible ser coherente con lo que se piensa? Esa es su apuesta y su lucha.

En estos perfiles se enuncian desde ya algunos elementos sobre por qué cada una no quiere ser mamá; es apenas la punta del iceberg... Detrás se esconde una construcción que lleva años de transformación y que puede comprenderse en un

contexto amplio de redes de sentido, que abarcan las vivencias familiares, las experiencias amorosa e incluso ideologías con las que se han involucrado. ¿Ellas representan una síntesis de lo que puede estar ocurriendo entre muchas más mujeres con características similares? Son sujetos que han construido un *habitus* desvinculado del hecho de ser madres.

### **CAPÍTULO 3: MATERNIDAD, REPRESENTACIONES SOCIALES “DE PARTIDA” Y “DE LLEGADA”. LA INTERVENCIÓN DE LOS CAPITALES**

Partimos de identificar la representación de la maternidad de estas mujeres al inicio de sus vidas, se indagó por aspectos de la vida familiar, la relación con la madre y con el padre, así como con los hermanos y hermanas durante la infancia. En este apartado, además, se tienen en cuenta otras etapas de sus vidas, como la adolescencia, la juventud hasta llegar a la adultez, que permiten identificar cómo en cada una de ellas fueron interviniendo los diferentes capitales en la dinamización de su representación de la maternidad. En sus etapas de vida reciente (adolescencia, juventud y adultez), a partir del análisis de sus relatos, se identifican hitos de vida, es decir, hechos que ellas relatan como trascendentales en relación con la forma en que conciben la maternidad.

#### **YO RECUERDO DE PEQUEÑA SÍ QUERER SER MAMÁ. INFANCIA**

En 3 de los 4 casos, las mujeres recuerdan que en su infancia, e incluso adolescencia, tuvieron como ideal de vida ser madres. La noción de maternidad heredada se configuró a partir del modelo de su propia madre, desde la infancia, y de las dinámicas familiares y escolares, en las cuales se promovía, por un lado, una perspectiva “romántica” de la maternidad: se exponía como un rol bien valorado, casi sacro, digno de respeto, el cual era exaltado, tanto en la casa como en el colegio, a través de las conversaciones o de celebraciones como “el día de la madre”; pero, por otro lado, esta perspectiva era contrastada por dinámicas familiares menos halagüeñas.

Yo creo que el cuestionamiento de la maternidad empezó de cara a que mi papá fue muy mal papá y luego ver a mis hermanos, a uno de ellos, y luego ver a este marido como papá, yo decía: 'juepucha, es una mentira lo de la familia, al final son a las mujeres a las que les toca

cargar solas'. A los tipos la maternidad no les cambia la vida, ellos escogen, pueden tomar distancia o pueden escoger maneras de ser papá: en una época ser súper cercanos y estar ahí y en otra no... hay como cierto margen de actuación y de ningún modo ese margen implica ser mal papá. (Angélica)

Al analizar las narraciones de las mujeres, se pueden identificar dos elementos, comunes en la mayoría de los casos, y que contribuyeron a situar la maternidad en la dinámica familiar, más allá del ideal discursivo. Estos dos factores son:

El tiempo. Para aportar a la economía familiar, en 3 de los 4 casos las madres se educaron como profesionales, al tiempo que eran madres, y tuvieron trabajos que implicaban pasar la mayor parte del tiempo fuera de la casa; eso significó dedicar menos tiempo al cuidado de sus hijos, quienes eran cuidados por otras mujeres contratadas para ello.

No me pareció justa la forma en que yo tuve la experiencia como hija de una mamá que estaba afuera trabajando para darme cosas y que solo estaba los fines de semana y tampoco porque estudiaba hasta el domingo (...) (Paola).

El tiempo, como un recurso que permite construir relaciones a partir de la realización conjunta de las tareas, hablar y, en general, ejecutar diferentes actividades, pasa a constituir una de las dimensiones centrales de lo que significa ser una “buena madre” y un elemento clave dentro de la representación heredada de la maternidad y cuya falta, más adelante, reconfigura el significado de la maternidad para algunas mujeres a partir de afirmaciones como: “para ser mamá hay que tener tiempo”.

El machismo dentro del hogar es el otro factor que aportó a contrastar radicalmente la noción “idealizada” de la maternidad y de la familia durante la infancia de algunas de las mujeres, al haber sido testigas de dinámicas que involucraban a la madre, el padre, hermanos e incluso otros integrantes

masculinos de la familia (tíos o cuñados) en situaciones de desigualdad y violencia de género.

Mi papá dice que él es un mal marido, pero un buen papá, y yo pienso que no, porque el filtro de mi mamá es que mi papá en momentos de dificultad económica se las ingenió para que tuviéramos un plato de comida, lo que fuera, arroz y papa, pero siempre había algo en el plato. Y mi mamá dice que parte de eso era que él tenía que cumplir y siempre cumplió; pero no, porque la manera en que él trataba a mi mamá de ser violento eso no era ser buen papá, ponerte un plato de comida, eso no es ser buen papá. Si no me gustaba que el esposo de mi hermana le manejara la plata –que es una cosa más sofisticada– mucho menos me iba a gustar que mi papá maltratara a mi mamá. Han sido cosas complicadas que yo he visto; entonces, sin tener ninguna reflexión política ni ninguna reflexión académica y conceptual yo sentía en la barriga que eso no lo quería para mí, yo sufría por mi mamá y luego sufría por mi hermana... Pues no, yo no quiero eso. (Angélica)

En dos de los casos las madres, aunque con estudios universitarios y con trabajo, dependían económica y emocionalmente de sus esposos, quienes tenían el rol de proveedores; estas eran mujeres al servicio de la familia y su pareja; quien jugaba el papel del “rey del hogar” y, por lo tanto, tenía un rol de poder que se manifestaba en la toma de decisiones importantes y en el hecho de ser quien mereciera las atenciones de la esposa y los hijos: se les cocinaba, se les servía la comida, se les levantaba los platos de la mesa, se les arreglaba la ropa; en muy pocas ocasiones ellos se encargaban de labores de la casa.

Mi papá es un niño grande, con poder económico frente a nosotros. Un ser autoritario; él tenía una frase que decía cuando algo no estaba bien: ‘para eso tengo a mi mujer y a mis hijos’, como si él nos tuviera como sus esclavos. Más que un padre se cree un jefe, cree que puede mandar y que lo que dice es voluntad de Dios, sagrada escritura, que por encima de lo que él dice no hay nada más. Él se ha aprovechado

muchísimo del dinero, la violencia económica la ha ejercido mi papá conmigo, con mi mamá, con mis hermanos. A él todavía se le levanta la ropa, los platos, los zapatos, se le da la comida. Él puede hacer las labores de la casa y ahora las hace cada vez menos, antes cocinaba los fines de semana, ahora ya no. A veces barre y está pendiente de un jardín que hay al frente de la casa. (Paola).

En uno de los casos, a la dependencia económica y emocional de la madre se sumó a un esposo violento y autoritario, que tenía de manera paralela otras familias. Este es, quizá, uno de los casos en los que el machismo se manifestó de manera más traumática para la hija, de acuerdo a sus propias palabras.

A mí mi papá nunca me pegó ni un grito, nada nada, es una sensación muy maluca porque le pegaba a ellas y yo me sentía muy culpable. Primero, porque me quedaba congelada, mi hermana sí se metía al medio y les daba a ambas, ella tenía esa fortaleza de decirle 'no le pegue' y yo... Y mi mamá era una buena persona, no había ningún tipo de justificación para eso. También me daba rabia, es una cosa muy terrible porque es que te de rabia que alguien que tu quieres le hace daño a otra persona que tú también quieres y empiezas a problematizar. (Angélica)

En estos casos, el capital económico familiar se convertía para los varones en uno de los argumentos centrales para ejercer actitudes y actos machistas y de coerción. Proteger a la progenie de las dificultades económicas significó, en la mayoría de estas familias, que las mujeres cedieran frente al abuso de poder por parte de los padres.

Así, estos dos factores –el tiempo y el machismo– del capital cultural adquirido en la familia en relación con la vivencia de la maternidad y el hecho de lo que implicaba ser una mujer vividos en la infancia, fueron fundamentales para la dinamización de su representación heredada de la maternidad, pese a que en su infancia crecieron con la idea de que ser madre era un rol bien valorado, a través del cual se alcanzaba la

“realización personal” y “la felicidad”; esto da cuenta también de las ambivalencias y contradicciones que entraña esta representación, de partida.

Su modelo de madre por lo general fueron su propia mamá y sus abuelas. Entre los adjetivos que usan para describir a la mamá están: mujeres muy amorosas, cuidadoras, responsables, muy trabajadoras, sacrificadas, moralistas, demasiado buenas, sumisas, entregadas a sus hijos, con habilidades para cocinar y buenas amas de casa. En algunos casos también es descrita como independiente, como una mujer que hace lo que quiere, rompe paradigmas y es arriesgada; por lo que se constituye en un ejemplo a seguir.

Mis recuerdos están muy vinculados a mi mamá, ella ha sido una mujer muy cariñosa, ella es tan ingenua o tan buena, no sé qué palabra la describa. (Angélica)

Ella es una mujer exageradamente buena, se pasa de buena y se vuelve boba, porque creo que a ella le enseñaron mucho a aceptar la autoridad y siempre la ha aceptado. Eso en términos de otras cosas significa que siempre dice ‘sí’, siempre acepta, siempre es ella la responsable, siempre asume que las cargas son las de ella. (Paola)

Es una persona muy independiente, muy fuerte, desenvuelta, ha tenido muy claro lo que quiere, es persistente y constante, siempre consigue lo que se propone, se enfoca y lo logra. Es divertida, uno se ríe, echa chistes, hace comentarios jocosos, le gusta mucho la música, le gusta bailar, es tranquila, le gusta estar en casa, leer mucho, disfruta mucho de su profesión. Es una mamá muy pendiente de todos los detalles, muy amorosa, muy exigente, mi mamá es linda, linda. (Isabel)

La primera mujer que yo considero que es una mujer en todo el sentido de la mujer es mi mamá porque ella decidió romper muchos paradigmas en la vida. El primero fue separarse. Lo otro que logró desafiar fue irse del país a sus 52 años, dijo ‘me voy’, como si tuviera 25 años, ‘me voy

pa' Estados Unidos y me voy a quedar allá y miro a ver qué hago'. Consiguió trabajo y después de estar un año conoció a alguien y se casó nuevamente. (...) Ella confía plenamente en la gente, le abre fácil la puerta de la casa a quien se le acerque con una sonrisa, eso me saca de quicio, me da miedo que ella se confíe tanto. Debe saber medir distancias pero no lo hace y ya no lo va a hacer. Cuando estuvo casada con mi papá fue muy abnegada, le hacía todo y me parecía tenaz, pero eso fue lo que le enseñaron a mujeres como mi mamá. Ella llora con mucha facilidad y yo no. Yo a veces soy un poco más racional, ella es pura emoción. (Liliana)

Del ejemplo de sus madres, las entrevistadas identifican que heredaron rasgos como la inteligencia, la "recursividad" (descrita como la posibilidad de encontrar soluciones ante cualquier dificultad), el deseo de estudiar y sobresalir.

*“¿Susanita?... no. Nunca tuve esa tendencia”*

Contrasta, no obstante, el caso de Isabel en muchos sentidos. Ella recuerda nunca haber tenido afinidad con la idea de tener hijos ni tener como ideal el ser mamá.

Cuando yo estaba chiquita hay una cosa que siempre mi hermana me lo trae a colación: yo tenía un 'Bebé Cuchi', de esos que uno les quita el chupo y lloran, pero yo no lo usaba para jugar a la mamá sino para jugar a la operación; entonces al 'Bebé Cuchi' yo lo abría, era mi colchón, era mi silla, era la montaña para mis 'barbies', ¡nunca fue –ni ningún otro de mis muñecos– mi hijo! (Isabel)

De las entrevistadas es la única que se definió como perteneciente al estrato cuatro. Sus padres, ambos profesionales con especialización, trabajaban en la docencia y estudiaban al tiempo, por lo que estuvieron ausentes en muchas oportunidades, pero esto no fue interpretado como un hecho indeseable o negativo. El tiempo en familia se empleaba para ir al parque, salir de paseo, visitar a la familia, ir a comer a un lugar especial, entre otros.

Su familia clasifica dentro de la tendencia en ruptura descrita por Puyana (*et al.* 2003: 64), pues está conformada por semejantes o pares en el sentido que allí prima una relación de horizontalidad entre sus integrantes, se cuestionan los modelos impuestos sobre lo que es un hombre y una mujer, su discurso en relación con la familia es democrático y de equidad entre los géneros, “la paternidad y la maternidad la conciben de manera central en torno a la formación de criterios de autonomía y el respeto de los derechos de todos los hijos e hijas, sin diferencia de edad o sexo” (66).

Mi mamá es una mamá supremamente amorosa, mi papá también fue un papá súper pendiente y como muy activo en toda nuestra vida. Mi mamá siempre nos expresó la alegría de habernos tenido y de haber soñado con nosotras y de sentirse orgullosa y feliz de que estuviéramos ahí con ella y todavía lo hace, mi abuela también fue una mujer supremamente amorosa (Isabel)

Ella describe su infancia como un momento de muchos juegos y aprendizaje, en el que tanto la madre como el padre estuvieron pendientes de sus actividades para corregir a través del diálogo aquellas cosas que estaban “mal”; describe a su familia como un espacio donde se vivía la equidad, en el que –en sus propias palabras– ninguno de los padres tenía más poder que el otro, solían repartirse las actividades de la casa y, en general, eran muy afectuosos y disciplinados.

Los dos son de Neira (Caldas) y se conocieron trabajando como profesores normalistas en Viterbo, ahí se enamoraron y luego se casaron, nos tuvieron... Yo me acuerdo de estar chiquita y de irme a donde mi abuelita los viernes en la noche a dormir y todo el fin de semana porque mis papás al otro día madrugaban a irse para la Universidad del Quindío. Cuando yo estaba empezando la universidad ellos estaban en la onda de la especialización... Yo me acuerdo que ellos escribían los trabajos en un cuaderno y yo se los digitaba en el computador, los dos tienen una trayectoria amplia académicamente. (Isabel)

Y pese a que el tiempo de los padres en casa era escaso, este aspecto hace parte de la representación de la maternidad que, en la etapa adulta, constituye –junto con otros elementos– parte de los argumentos por los cuales descarta la maternidad.

“MUCHO CUIDADO... NO VAYA A QUEDAR EMBARAZADA”. LA ADOLESCENCIA

En la adolescencia esta forma de advertencia fue una sentencia que se repitió en las casas de las mujeres, más o menos con las mismas palabras. En todos los casos, durante esta etapa fueron las mamás quienes la formularon y, al mismo tiempo, les mencionaron la existencia de diferentes métodos anticonceptivos.

El embarazo adolescente era un temor cercano a la fobia tanto para las madres y padres como para las hijas.

Isabel, al describirlo, aún expresa en sus gestos algo del temor y de la angustia con los que vivió el inicio de su sexualidad:

¿La posibilidad de ser mamá? ¡Horror!... jajaja, pánico total, primero porque existía una posibilidad de ser una adolescente en embarazo, que era como ‘jueputa qué hago, cómo enfrento esta vaina, cómo llego a mi casa a decir ‘estoy embarazada’’. Mi primera relación fue a los 16 años, entonces era el momento de la revolución hormonal en mi vida (...). Claro y existía todo el miedo ‘Ay, si la vaina se rompe... no me ha llegado... qué emoción que ya me llegó’, uno la ve llegar y se alegra. Entonces de ahí en adelante mientras fui adolescente el estrés de ‘¿y se rompió o no se rompió? ¿Afuera o adentro?... ¿Ya me llegó o cuántos días faltan?’. (Isabel)

Por su parte, Angélica lo recuerda con gracia al evocar lo que en esa época se entendía por “tener novio”, lo que iba acompañado de restricciones familiares que pretendían evitar el contacto con los hombres:

No me dejaban salir sola, todo el tiempo control entre los 12 y los 17 y los discursos de mi mamá de la importancia de llegar virgen al matrimonio; ellos son muy tradicionales, pero la que se encargaba de echarme el cuento era mi mamá, mi papá a mi no me decía nada, pero se lo decía a mi mamá. Nunca fui a fiestas a menos que fuera con mis hermanos. Pero yo sí tenía novios en el colegio mixto, tenía como 3 al tiempo, aunque yo estudié 6.º, 7.º y 8.º en un colegio femenino, donde tuve de novia a una compañera. Me daba mucha rabia que no me dejaran salir. En una Semana Santa, como íbamos a todas las misas y procesiones porque mi mamá es así de súper iglesia y yo... pues claro como era mi oportunidad de salir, en una cosa de esas conocí a un chico, vivíamos en Tena y él aquí en Bogotá, y luego fue a buscarme hasta el pueblo a la salida del colegio y entonces fuimos 'novios'... y novios era que nos veíamos los fines de semana media hora después de misa. Mi mamá con una complicidad muy limitada llena de miedo de que fuera a quedar embarazada por obra y gracia del espíritu santo porque... en media hora qué... jajaja". (Angélica)

Liliana recordó con emoción esa época de su vida:

Yo tuve un novio que presenté en casa como a los 14 años... Que mi mamá y mi papá decían 'bueno sí los noviecitos... sí... se dan besitos'. Luego, otro cuando salí del colegio a los 16 o 17 y lo llevé a la fiesta de graduación... La cosa normal, sin embargo mi mamá estuvo atenta a decirme 'mire que viene la universidad, no vaya a quedar embarazada, va a aprender muchas cosas', siempre era el tema... Y ya después cuando entré a la universidad, a los 18 años, tuve un novio con el que duré 6 años, con él inicié mi vida sexual. Mi papá era súper celoso, él alguna vez me vio besándome con un novio y subió corriendo y le dijo a mi mamá: 'están besando a mi hija, ¿voy y les digo algo', 'no no no, déjela, eso es normal'. (Liliana)

Pese a que la mitad de ellas han sido alentadas en la juventud y adultez a ser madres, en la adolescencia este panorama era percibido como catastrófico básicamente porque la totalidad de los padres y madres de estas mujeres consideran la adquisición de capital escolar como un medio de movilidad social y de realización personal, por lo tanto resultaba totalmente inapropiado que ellas quedaran en embarazo durante la adolescencia y antes del matrimonio.

En un momento en que la posibilidad de ser madres empieza a ser real para ellas, debido a la madurez de su aparato reproductor, las medidas y discursos de los padres (en especial de la madre) empiezan a resaltar los aspectos menos “divertidos” del ser mamá. En el caso más severo, el control de los padres significó privar a la hija completamente de la vida social que se empieza a producir durante la adolescencia. En el resto de los casos se advertía exaltando que el proyecto de maternidad implicaba una inversión de tiempo y dinero que podía llegar a entorpecer el hecho de estudiar una carrera universitaria, lo que en ellas generaba un temor profundo hacia la posibilidad de quedar embarazadas y “truncar sus vidas”. En algunos casos las “cantaletas” se exacerbaban cuando alguna adolescente cercana a la familia (una prima, la hija de algún amigo o amiga de los padres) quedaba en embarazo.

Es en este momento cuando las adolescentes empiezan a escuchar de manera explícita las desventajas de la maternidad: pone en riesgo el proyecto de vida académico que sus padres se han esforzado en incentivar, pues para estas familias la inversión en capital escolar significa una apuesta por aumentar el capital económico, mejorar la posición social e incluso de la familia, lo que se refleja en frases como que se estudia para “ser alguien en la vida”, frase común en el discurso de los padres de las entrevistadas.

#### “A MEDIDA QUE FUI ESTUDIANDO ADQUIRÍ ARGUMENTOS”. LA JUVENTUD

Ninguna de estas adolescentes fue madre, por lo que pudieron iniciar sus estudios universitarios según lo previsto. En 3 de los 4 casos, la universidad fue la institución en la que la familia y ellas mismas depositaron sus esfuerzos colectivos, producto de

concebir que el capital escolar se transformaría posteriormente en capital económico y simbólico. Resulta tan importante esta estrategia que, con el tiempo y como producto de la valoración social del cartón universitario (aunque en declive), el tipo de empleos a los que acceden y el estatus derivado de la titulación, exigen constantes reinversiones en su capital escolar.

En todos los casos, en las etapas universitaria y laboral se dinamizó de manera significativa su representación de la maternidad. En sus historias hay hitos de vida, o eventos muy relevantes dentro de sus narraciones que motivaron reflexiones, discusiones y posteriores elaboraciones discursivas que dieron como resultado explicaciones argumentativas con relación a por qué no ser madres y en cuyo análisis se deja entrever su representación más reciente de la maternidad.

Hubo hitos compartidos por algunas (como el contacto y posterior involucramiento con el feminismo). Hubo otros que fueron particulares, es decir, con los que no hay coincidencia en relación a las otras historias (como el hecho haber abortar, el haber vivido relaciones amorosas traumáticas y la “intranquilidad” o falta de “seguridad” derivada de la flexibilidad laboral). Hubo otro tipo de hito que identifiqué como “hito fachada” pues más que un motivo de fondo fue una estrategia para argumentar ante otros la decisión de no ser madre (este hito es el contacto que una de ellas tuvo con los contenidos particulares de su carrera universitaria).

Aunque la representación de la maternidad se relaciona directamente con los hitos mencionados, la dinamización de esta representación se entrelaza con otros aspectos y esferas de sus vidas; los hitos son una estrategia analítica que me fue útil para encontrar puntos de partida desde los cuales hacer los análisis. A continuación se analizarán en detalle los hitos que dinamizaron la idea de la maternidad en estas cuatro mujeres.

*“Algo que de verdad me cambió la vida”*

En dos de los cuatro casos se produjo un acercamiento e involucramiento con el feminismo; en el caso de Angélica, a raíz de un trabajo de la universidad sobre la

despenalización del aborto. En el caso de Paola al conocer a una mujer de la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos del Valle durante la proyección de una película, al inicio de su vida laboral, en Cali. En ambos casos significó un hito que marcó un antes y un después en sus vidas.

Este hito implicó dinámicas de reflexión y de una paulatina modificación de sus ideas, sentimientos y prácticas en muchos ámbitos de sus vidas: consigo mismas, con la familia, en las relaciones de pareja, en lo laboral y en lo académico.

Se trata de un capital cultural con ondas repercusiones en sus *habitus* y que redundó en una modificación y aumento de su capital social (el hecho de ir conociendo poco a poco a más mujeres involucradas en el feminismo). La adquisición de este nuevo capital, en ambos casos, condujo a la consecución de trabajos comprometidos con ideales feministas, como la defensa de los derechos sexuales y reproductivos, la prevención de violencias de género y la participación política de las mujeres, hecho que marcó una ruta de vida diferente a la que venían trazando antes de entrar al feminismo.

Quedé de ir a ver una película con una chica del grupo de teatro, ella no llegó pero en la fila había una señora que se veía muy alegre y empezamos a hablar de gatos, porque ella tenía dos y yo tenía a Tomate. Entré a la función y podría decirse que esa función fue un hito en mi vida, la película se llama *Ni dios, ni patrón, ni marido* y habla de unas anarquistas, feministas en Argentina. Cuando se terminó, Ine, que ahora es una de mis mejores amigas, la amo mucho, me dijo que ella pertenecía a la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos del Valle, que le gustaría que yo fuera a una reunión y decidiera si me gustaría integrarme. Allá me encontré con personas que nunca me habría imaginado, fui a una reunión y me encontré con una cantidad de mujeres brillantes y hermosas (...) y a pesar de que algunas eran madres no era su factor más importante, era una de las facetas que tenían, pero había otro tipo de cosas en sus vidas y me parecían admirables, brillantes, yo quedé como: 'yo quiero ser esto, yo quiero

poder ser así de buena en algo', eran otros modelos de mujer que no había visto antes, porque las mujeres que yo había visto eran, además de ser amas de casa, madres, esposas y bellas en el sentido tradicional de la belleza, todas pelicepilladas, con el tacón, con el vestido, última moda *fashion*... y a mí me parecía que eso era lo lógico, que eso tenía que ser así y que yo tenía que ser mamá y esposa también y además trabajar y en todas funcionar... Y yo con ellas vi cosas muy diferentes, vi que se arreglaban como mujeres normales, mujeres reales y me parecían hermosísimas así. A partir de ahí, cada 15 días, se hacían reuniones de la Red y eso fue generando un cambio en mí: me di cuenta por qué había estudiado Derecho, me di cuenta que quería estudiar derechos humanos para posteriormente especializarme en género y trabajar con mujeres, me di cuenta que lo que yo quería era trabajar por los derechos de nosotras porque yo siempre me había sentido vulnerada por el patriarcado, especialmente por la fuerza autoritaria de mi papá... Y entonces ahí como que nació toda esa vaina; después fueron llegando más personas a esas reuniones, como Yiya, ella es una mujer joven muy enérgica, llena de alegría siempre, que juega rugby, ella fue la que me dio el link cuando abrieron la convocatoria de trabajo en la Mesa [para la Vida y la Salud de las Mujeres] para la abogada acompañante... Y así fue mi proceso de transformación en Cali. (Paola)

Su incursión en el feminismo se entreteteje con otro hito vivido durante su infancia y parte de su adolescencia y cuya interacción da lugar a su actual representación de la maternidad: al ser la mayor de tres hijos en una familia en la que madre y padre estuvieron ausentes por motivos laborales y de educación, tuvo una "maternidad" anticipada, en la que asumió responsabilidades que le permitieron aproximarse a una vivencia de este rol. Pese a que hoy en día reelabora esta vivencia con palabras como "¿para qué ser más mamá si yo ya tuve dos hermanos que fueron mis hijos? Ya... ya quemé esa etapa, ya me la gasté, ¡suerte, chao!", su deseo de "realizarse como mujer" siendo madre se mantuvo firme hasta finales de la universidad, cuando tuvo contacto con el feminismo.

En ella, la falta de tiempo de los padres, el machismo que signó las dinámicas familiares, su maternidad anticipada y el feminismo dinamizaron y dieron lugar a su actual representación de la maternidad.

De acuerdo con el análisis de su narración, la maternidad es una responsabilidad que hay que asumir a cabalidad y, para ello, se requiere “tiempo” porque ser madre implica “estar presente” en la vida de los hijos y “mostrarles el mundo”. Dentro de su representación, el tiempo es un elemento constitutivo. Se combina con un elemento tradicional según el cual la maternidad es sinónimo de “felicidad” y de “trabajo fuerte”, pero que implica que las mujeres “pierdan su horizonte, que olviden sus proyectos de vida, pues invierten toda su energía en el proyecto llamado ‘hijo’” por lo que se vuelve “su razón de vida”. En esta medida, la maternidad riñe con el proyecto de vida propio, pues la responsabilidad de solventar económicamente a un tercero dependiente, unido a la demanda de tiempo significa “renunciar a los propios sueños”, punto en el que no está dispuesta ceder pues, de acuerdo a su discurso, la realización personal está relacionada con la autorrealización, la libertad, la independencia y la autonomía.

Por su parte Angélica tuvo una experiencia diferente:

Llegué al feminismo en la Nacional; cuando vi el último seminario de tesis del pregrado con Leopoldo Múnera teníamos que hacer una investigación y en ese momento estaban discutiendo en el Congreso un proyecto de ley para legalizar el aborto y empecé a leer prensa, y yo ‘¿cómo así que no es legal?’, yo no entendía... ‘Pero si es que es el cuerpo de uno y uno es la que decide’. Me puse a leer y le dije al profesor ‘quiero ver en la Facultad de Derecho las opiniones a favor o en contra de legalizar el aborto’; el profesor me dice ‘se va a llevar muchas sorpresas, yo no tengo ningún elemento de juicio, vaya al Departamento de Trabajo Social y busque a Juanita Barreto...’ Ella fue la primera feminista que yo conocí. Me invitaba a cosas (...). Ahí esas rebeldías mías empezaron a tomar sentido, empecé a meterme en eso y pasaron los años. (Angélica)

Posteriormente, Angélica conoció otras feministas, entre ellas a María Emma Wills, quien fue la directora de su tesis de maestría en el tema de participación política de las mujeres que, hasta el día de hoy, es su foco central de reflexión laboral y académica.

Me empezaron a invitar a otras cosas chéveres y empecé a conocer feministas, como a María Emma Wills, una mujer súper linda, decente, amable y pila, ella me llevaba a las reuniones, me empezó a presentar gente, empezamos a escribir juntas cosas y esa fue mi primera etapa en el feminismo. Luego que terminé la maestría entré a algunas ONG de mujeres en las que me contrataron para hacer cosas puntuales. Hubo un quiebre importante, llegué a la Casa de la Mujer y eso me cambió la visión del feminismo: de ser un tema académico a ser la apuesta política y a transformar la visión sobre mí misma, sobre el trabajo, sobre que el feminismo no solo era un asunto académico, sino una apuesta de vida que implicaba cuestionarte todas tus relaciones, le dio vuelta a mi vida y a mi cabeza de una forma muy chévere. Empecé a tener contacto con las mujeres de los barrios porque hacíamos talleres de prevención de la violencia, me moví por casi todas las localidades de Bogotá, incluso en la zona rural, conocí mujeres en situaciones muy duras; la Casa de la Mujer dentro de todo lo que enseñan es que los talleres no son espacios jerárquicos sino horizontales, implicaba lo que yo misma sentía cuando una mujer decía que eran golpeada o maltratada, yo sabía qué era eso... Era poder construir una afinidad, entender y saber lo que estaba pasando, fue muy muy chévere. Lo que pasa es que de todas maneras estudiar y meterte en una disciplina académica o del conocimiento te sesga, entonces yo aprendí mucho de violencia de género con estas mujeres, aunque mi tema seguía siendo la participación política por mis tesis de maestría y de doctorado; pero esa fue mi escuela de feminismo radical. Luego hubo tensiones y diferencias, pues uno entre más conoce más se acerca o se distancia, pero que yo recuerde cambios... Juanita, María Emma, con Socorro me decepcioné mucho, y luego la Casa de la Mujer... (...) allá estuve dos años, luego pasé a la Política Pública de

Mujer y Género en la Alcaldía Mayor, con Juanita, 3 años; cuando se acabó el Gobierno de Lucho Garzón me llamaron para trabajar en la Agencia Española de Cooperación AECI, allá estuve 3 años y luego otros 3 de Doctorado en Filosofía, en el que mi tema también es sobre la participación política de las mujeres. (Angélica)

En el caso de Angélica, el feminismo dio curso a rebeldías e insatisfacciones originadas durante su infancia, adolescencia y parte de su juventud relacionadas con las dinámicas machistas que vivió en contextos cercanos. Las prácticas abusivas por parte de los hombres de su entorno familiar (como el padre, los hermanos y un cuñado), en relación con las mujeres generaron en ella cuestionamientos y malestares en torno a las relaciones de poder desiguales entre hombres y mujeres que fueron reelaboradas y reinterpretadas desde la óptica feministas, al finalizar la universidad.

Así, pese a que ella recuerda haber tenido como ideal de vida ser madre desde la infancia hasta el inicio de la universidad, su representación de la maternidad se modificó de manera drástica desde su incursión en el feminismo. Este capital cultural dinamizó –como en el caso de Paola– no solo la representación de la maternidad sino, en general, diversas esferas de su vida como las dinámicas de pareja, los intereses académicos, los escenarios laborales, la relación consigo misma.

Su capital cultural terminó definiendo un escenario de interés, que se tradujo en el ingreso a un campo específico –en lo laboral y académico–, relacionado con el mundo de los derechos de las mujeres. El ingreso al ámbito feminista bogotano (en lo académico y en lo laboral) también condujo a la reinversión en capital escolar, como una apuesta por aumentar su capital simbólico (y no necesariamente el económico, de acuerdo a su discurso, pero que podría ser una de sus consecuencias); a través de su trayectoria laboral y de sus estudios de maestría y doctorado esta mujer se ha forjado una posición sobresaliente en los ámbitos académico y laboral y que se expresa, por ejemplo, en el tipo de trabajos a los que ella puede aspirar y a los que, en efecto, logra acceder; por ejemplo, ser docente de la Universidad Nacional, la más importante del país y que goza de prestigio en el contexto de universidades colombianas;

inicialmente ha sido docente en calidad de catedrática pero tiene aspiraciones y posibilidades de insertarse en la planta de la Universidad tras culminar su doctorado.

En cuanto a su representación de la maternidad, inicialmente estuvo está muy vinculada al rol ejercido por su mamá y su hermana, a sus dinámicas familiares en la infancia y adolescencia y al feminismo.

Según la clasificación hecha por Puyana (*et al.* 2003) los padres de Angélica hacen parte de la tendencia **tradicional**: en la que el padre tiene el papel de proveedor y participa de manera limitada en la crianza de los hijos, son poco comunicativos y poco expresivos con sus afectos, dan la última palabra en la toma de decisiones importantes y suelen emplear castigos físicos drásticos. La madre, por su parte, es ama de casa, su proyecto de vida principal es la maternidad, por lo que se dedican principalmente a la crianza, cuidado, socialización y alimentación de sus hijos. En algunos casos dedica parte de su tiempo a actividades productivas que complementan los ingresos del hogar y que son, por lo general, la comercialización de productos artesanales o de servicios.

En un primer momento, en su infancia y adolescencia, Angélica quiso ser madre, tenía una perspectiva positiva de la maternidad que luego se fue modificando al reconocer las dinámicas machistas de su hogar y de otros hogares cercanos. La maternidad, en ella, fue vista como un ejercicio de cuidado, amor y sufrimiento en el cual la mujer soporta sola la mayor parte de la carga, pues la participación del padre puede variar: de ser dedicado a completamente ausente. Al conocer el feminismo, comprendió esas dinámicas de subordinación al interior de la familia y concluyó que no era lo que quería para su vida. Sus rebeldías tomaron curso con las reflexiones feministas, las cuales modificaron de manera radical no solo su mirada sobre la maternidad, también sobre la construcción de sí misma en todas las esferas de su vida.

**S**u acercamiento al feminismo le hizo identificar el rol materno como un rol que subordina a la mujer, lo asocia a la sumisión, la dependencia y como fuente de tristeza y sufrimiento. Para ella, el embarazo implica cambios en el cuerpo que incluso pueden afectar la salud y poner en riesgo la vida de la mujer. El ejercicio de este rol

requiere dejar de lado los *hobbies*, los proyectos personales, la construcción de sí misma, por lo que ella termina negando esta posibilidad al verla incompatible con su nueva manera de entender la posición de las mujeres en una sociedad equitativa.

*“Dos muertes emocionales”*

En contraste para Liliana, la dinamización de su representación de la maternidad en la adultez estuvo motivada por un hito: la vivencia de momentos emocionalmente negativos muy fuertes originados en dos relaciones de pareja que ella califica como sus “muertes emocionales”.

En ambos casos ella fue traicionada por personas con las que sostuvo noviazgos de más de un año. El primero a los 28 años y el segundo a los 31. Luego de la primera traición ella optó por aumentar sus “filtros” antes de volver a confiar en alguien, pues asumió que el error había sido principalmente de ella.

Duré mucho tiempo engañada y dije ‘qué fue lo que hice yo con mi vida’, donde estaba mi sentido de... pues de ahora en adelante chao fidelidad y voy a pensarlo diferente... y me construí diferente, voy a empezar a salir con los tipos pero no me voy a enamorar... Y duré mucho tiempo saliendo con personas que seguro sí hubieran querido tener algo conmigo, pero yo les decía ‘hasta aquí llego yo’ y, claro, en ese proceso, esa muerte emocional, me hizo desconfiar de absolutamente todo todo todo. (Liliana)

Una segunda experiencia de enamoramiento y desengaño la llevó a concluir que los hombres a su alrededor no se ajustaban al tipo de pareja con la que ella esperaba construir una relación duradera y con la que habría conformado un hogar, pues su lectura de los hombres “disponibles” para tener una relación estable se sintetizaba en una frase: “no hay con quién”; significa que los varones de su contexto, que a veces han sido sus amigos, sus amantes o sus novios, no son hombres que planteen

“relaciones serias”, en la que se gesten proyectos de mediano o largo plazo, como un hijo. ¿Cómo ve ella a estos hombres?:

Unos gocetas, que viven el día a día, como que dicen ‘rico el rato... y mañana veremos’. Pero no veo con ellos un mañana... asumiendo, pensando en una casa, en un proyecto de vivir, estudiar o trabajar fuera del país; ellos nunca hablan de esas cosas y cuando uno las menciona como que escucha un ‘hummm’ o simplemente me quedo hablando sola... en un monólogo. (Liliana)

Esta representación de la maternidad dinamizada a raíz de este hito de vida, se teje con otras experiencias igualmente significativas para Liliana, puesto que fue decisivo el intercambio de vivencias con mujeres que constituyen parte de su capital social: personas con similares capitales escolar, económico y cultural que sí decidieron ser madres; es decir, profesionales –algunas con estudios de posgrado o con anhelos de iniciarlos–, habitantes de Bogotá y de estrato medio.

Se trata de mujeres –algunas casadas, otras separadas y otras madres solteras– que, de acuerdo con la narración de Liliana, sienten que han asumido solas la crianza de los hijos y son señaladas por dedicarse tiempo a sí mismas a través de actividades como la rumba o por intentar rehacer su vida emocional, en el caso de quienes no tienen pareja.

A partir de la experiencia de estas mujeres que hacen parte de su entorno social, Liliana ve así la maternidad:

Los primeros años están dedicadas a los niños, entonces cero vida social –a mí eso me parece súper angustiante–, siempre tratando de negociar con el papá de los hijos: ‘este fin de semana te toca a ti o este fin de semana me toca a mí’; hay unas muy contadas que están relajadas con el tema del papá porque ya tienen una buena relación y pueden asumir esa maternidad y esa paternidad sin rollos. A todas ellas las veo dividiendo siempre su tiempo, es decir, saben que tienen que

sacar tiempo para ser madres, para ir a trabajar... Muchas deciden no hacer maestrías o doctorados, eso es impensable, hay muy pocas que yo veo que dicen 'voy a seguir estudiando'. La gran mayoría dice 'pues mi proyecto de vida es sacar este chino adelante' y ya. Yo conozco tal vez una que decidió hacer el doctorado y no le cuesta tanto trabajo en los horarios, ahí está negociando con el hermano, con la familia de ella, con el novio o con el ex que le cuiden la niña. Lo que sí he notado es que cuando ellas se quieren declarar independientes: 'oiga yo también tengo derecho a salir, a rumbiar, a divertirme' son fuertemente criticadas. Tengo dos amigas, una casada y otra madre soltera, y cada vez que ellas dicen vámonos de rumba –es decir, ir a tomar unas cervezas, hablar, echar carreta, nos dieron las 11 de la noche y ya... es eso... no hacer nada malo, solo es que se quieren divertir, ser mujeres– son fuertemente criticadas, casi siempre por la mamá, les dicen que eso no está bien porque ellas ya son mamás, entonces ya no tienen derecho a salir porque eso es 'vagabundería', las mamás se tienen que quedar en la casa cuidando los niños, pero los hombres... ellos sí pueden salir porque son hombres. Esa es la parte que yo veo difícil de ellas. O tener otro amor u otro romance es supremamente difícil también, porque introducir una nueva persona a sus vidas, a su cotidianidad y a la de los niños, es difícil en el sentido de que si no dura, el niño va a estar viendo a su mamá con uno y con otro y entonces eso también es criticable... (Liliana)

Es de aclarar que, inicialmente, su representación de la maternidad estuvo mediada por sus vivencias de infancia y juventud en una familia nuclear, en la que los hijos fueron una responsabilidad común de unos padres unidos, en parte, por el propósito de "sacar la familia adelante".

Siguiendo la clasificación propuesta por Puyana (*et al.* 2003), la familia de Liliana sería la de padres y madres en transición, donde se conservan rasgos tradicionales pero se introducen cambios, como que la madre –pese a su papel como ama de casa, dedicada a la crianza y al cuidado– se vincula al mercado laboral y es reconocida

como proveedora; por su parte, el padre es más comunicativo y afectuoso que el padre tradicional, tiende a compartir la autoridad con la madre y se involucra en algunas labores domésticas, específicamente las relacionadas con los hijos, más no con tareas como cocinar o lavar (63).

Para ella, la maternidad describía un proyecto compartido con una pareja estable, en el mediano y largo plazo, pues desde la experiencia familiar en la infancia y la juventud Liliana se hizo a la idea que era una responsabilidad que se sacaba adelante en pareja; sin embargo, a los 20 años sus padres se separaron; esto, unido a sus muertes emocionales y a las experiencias que intercambió con mujeres que hacen parte de su capital social, la llevó a replantear la idea de una pareja “para toda la vida” con la cual compartir la maternidad.

Según el análisis de su relato, la maternidad es un proyecto de vida que se comparte con una pareja aunque quien ejerce la crianza y la mayor parte de la responsabilidad es la mujer. Ser madre, desde su perspectiva, es sinónimo de una mujer sola que se priva de su libertad y de su autonomía, “es la que se tiene que quedar en casa, no puede salir, no puede estudiar, no puede viajar, pierde su libertad, inclusive teniendo al hombre correcto”.

Esta representación de la maternidad claramente va en contravía con su *habitus*, en el que resulta fundamental una nueva reinversión en capital escolar, representado en estudiar una maestría. Por otro lado, rivaliza con valores centrales en la construcción de su identidad, como el hecho de mantener “su libertad”, mejorar su posición en el campo –que para este caso, sería el campo de la comunicación y el periodístico– a partir de la construcción de un prestigio profesional y como persona y que redunde en la posibilidad de viajar alrededor del mundo.

“Laboralmente yo sentía que no era muy estable”

Por otro lado, una vez replanteado el hecho de las uniones “para toda la vida” y que existe la posibilidad de ser madre soltera hay otro elemento que Liliana cita: la

inestabilidad laboral. Aunque no fue el elemento decisivo cuando optó por no ser madre, sí sumó a la hora de tomar la decisión.

Pese a que este elemento solo aparece en esta historia de vida, es significativo porque de acuerdo con algunos estudios las características del nuevo mercado laboral influyen de manera importante otras esferas de los sujetos, como la construcción de los proyectos de vida y la identidad. En efecto, según los estudios del Centro de Estudios de la Mujer (CEM), el paradigma laboral actual, caracterizado por la flexibilidad, tiene ondas incidencias en la vida de los sujetos, entre ellas la pérdida de estabilidad, “lo que da lugar a trayectorias laborales discontinuas, diversificadas y desestabilizadas, en las cuales se alternan diferentes formas de empleo con un marcado debilitamiento de la fuerza reguladora y protectora del sistema normativo” (CEM, 2005: 18).

Esta sensación de “desprotección e inestabilidad” que generan las nuevas opciones laborales flexibles que ha tenido Liliana desde los 30 años –y que se han expresado en contratos de prestación de servicios a unos cuantos meses, sin prestaciones sociales y con dudosas posibilidad de renovación de los mismos– la llevó a fortalecer las razones que ya tenía para ver como un proyecto inviable la maternidad, pues un hijo es visto como un “proyecto” a largo plazo y que implica tener certezas económicas, pues su sostenimiento tiende a permanecer e incrementarse con el paso del tiempo.

Por un lado yo sentía que laboralmente no era muy estable, los contratos que he tenido han sido de prestación de servicios y eso genera cierta inestabilidad, uno está bien pero cuando un hijo te pide todos los meses da pánico. (...) En parte, pensar en una estabilidad económica para tener un hijo sí es importante, pero es más importante la libertad que yo siento ahora y la libertad para vivir. (Liliana)

“En el mundo de hoy, cada vez más, los individuos deben dar forma a su propia biografía en un entorno que cotidiana y globalmente se vuelve más diverso, que

cambia permanentemente y donde han perdido certidumbre, univocidad y estabilidad antiguas tradiciones, vínculos y referentes. Incertidumbre y fragmentación resultan ser, así, elementos clave para dar cuenta del marco en que se despliegan hoy los procesos de individualización” (CEM: 2005, 29). La flexibilidad laboral propia del mundo moderno impide que personas como Liliana establezcan proyectos de vida a mediano o largo plazo, pues los contratos pueden acabarse de manera unilateral por parte de los empleadores, sin que esto signifique alguna indemnización, o puedan no ser renovados. Un ejemplo de estos proyectos a largo plazo que para algunos pueden volverse inviables en el contexto de flexibilización laboral son los hijos.

### *“Nunca quise ser mamá”*

Isabel es la única de las entrevistadas que nunca tuvo afinidad con la maternidad, ni siquiera en la niñez; ella recuerda, por ejemplo, que durante su infancia jugaba con muñecas que nunca cumplieron el rol de ser sus hijos. En su biografía hubo dos hitos: el primero de ellos, un aborto a los 19 años; el segundo, su ingreso a la universidad.

### “Quedé embarazada, qué embale”

Un embarazo accidental a los 19 años la confrontó con la posibilidad real de ser madre y, a la vez, con la sensación y certeza del rechazo que esta idea le producía. Contrario a lo que ella imaginaba, sus padres le brindaron su apoyo e incluso empezaron a cambiar sus rutinas hacia unas más saludables para cuidar a la futura madre.

La familia de Isabel, de acuerdo con la clasificación propuesta por Puyana (*et al.* 2003), tiende a aproximarse a la de madre y padre en ruptura; en ella los arreglos familiares favorecen la equidad de género y de edad, pues tienden a reelaborar los modelos tradicionales patriarcales a partir de una nueva construcción de la relación

entre hombres y mujeres, adultos y jóvenes. Hay una tendencia hacia la coherencia entre el discurso y las prácticas, suelen redistribuir el poder y la autoridad entre los miembros de la familia a través del diálogo y la negociación de los conflictos. Esta clase de padres y madres se distribuyen entre sí las labores del hogar y se caracterizan por ser cariñosos y expresivos con sus hijos a través del contacto físico y las expresiones verbales (Puyana *et al*, 2003: 66).

Pero pese al apoyo económico y emocional ofrecido por sus padres, Isabel priorizó el plan que ya tenía trazado y que implicaba terminar la universidad y tener vía libre para hacer diversos planes de trabajo y estudio posteriormente, proyectos en los que un hijo fue visto como un “obstáculo”.

Quando tuve 19 años quedé embarazada, horrible, el estrés, yo no sé en serio a mí qué me llevó a pensar que yo no necesitaba tomarme las pastas más, eso realmente fue una estupidez de los dos... Un día como que me sentía maluca y rara. Yo no podía ni acercarme la comida a la boca porque sentía que me iba a vomitar y ahí me mandé a hacer una prueba de sangre y efectivamente dio positivo, que tenía 4 semanas... Yo me iba a morir, me fui a la casa de mi chico y él como ‘hijueputa que vamos a hacer, qué embale’, yo estaba como en IV o V semestre y él estudiaba Diseño Gráfico... Lo primero que dije fue: ‘yo no quiero ser mamá, yo quiero abortar’, pero un legrado valía \$400 000 pesos, de dónde nos íbamos a sacar la plata, dijimos ‘bueno, eso está muy caro’, entonces le conté a mi hermana y ella me contó que habían unas pastas que ayudan a abrir los cuellos del útero para que empiece el sangrado y el aborto. Entonces fuimos y nos conseguimos las tales pastas. Llegué a mi casa a empacar la maleta porque al día siguiente me iba de salida de campo a Bogotá, en mi casa las maletas estaban guardadas en el closet de mi mamá y entonces yo como ‘bueno mami, préstame las maletas que voy a empacar’, y empecé a sacar las cosas. Mi mamá nada que me pasaba la maleta y me llamó a su cuarto, llegué y mis papás sentados en la cama y me dice: ‘usted no tiene nada que contarnos’ obvio, yo lo negué hasta la muerte... me hubiera podido dejar

crucificar... Cuando mi papá sacó un papel que era la copia de mi examen de sangre... Resulta que cuando yo fui por los resultados y me ataqué a llorar y un amigo de mi papá me vio y le dijo, así que mi papá fue a la EPS y se transó a la vieja del laboratorio y ella le dio una copia de mi examen de sangre. Yo esperaba que mis papás se pusieran muy bravos, que me alegaran y me regañaran, pero fue todo lo contrario... sí fue una tristeza absoluta, hablamos, lloramos y al final mi papá: 'bueno, bonito que haya un bebé en la familia, hay que darle la bienvenida', mi papá quiso alivianar un poco y lo aceptó, y yo todavía más mal me sentía, era como la reacción de mis papás tan sorprendente y yo con esta vaina de rechazo completo en mi cabeza y en mi cuerpo. Me acuerdo que yo le dije a mi mamá que yo no quería ser mamá y mi mamá me dijo que ya no era tiempo para pensar en esas cosas... 'Asúmelo'.

... Sobre el aborto... No me arrepiento de haberlo hecho... Yo me imagino que el *man* hubiera sido buen papá, porque era un *man* sensible, es muy buena persona, pero yo cómo me iba a imaginar con un hijo, en qué momento vuelvo a salir con otra persona y él con otra persona también... Imaginarme como este 'fin de semana me llevo yo al ser este...' Me parece como tan maluco imaginarme estar ligada de esa manera, siento que fue lo mejor, lo correcto, una buena decisión.  
(Isabel)

En esta historia de vida, la representación de la maternidad significaba poner en segundo orden de importancia un proyecto de vida en el que el centro era ella misma: con un importante componente de reinversión en capital escolar, con miras a favorecer un prestigio profesional y mejorar su posición en el campo –que, para este caso, sería el campo de la ingeniería ambiental– a partir de la adquisición de trabajos en Bogotá bien posicionados en el campo y bien remunerados; la maternidad significaba truncar sus proyectos, frustrar los planes, dejar de ser el centro, sacrificar su apuesta de vida.

... ¿Y si hubiera sido mamá...? Frustración, esa es la palabra: la frustración de haber perdido la oportunidad de hacer lo que uno quería, lo que uno soñaba. Como que yo pienso que yo no estaría viviendo en Bogotá, seguramente hubiera podido terminar mi carrera pero de qué manera hubiera podido ejercerla, qué hubiera podido explorar, siento que se me hubieran acabado muy rápido las oportunidades para vivir y experimentar y descubrir el mundo. (Isabel)

“En la universidad fui afianzando mis argumentos”, hito *fachada*

Por otro lado, el capital escolar adquirido en la carrera de Ingeniería Ambiental constituye el segundo hito en la vida de Isabel en la medida en que los temas abordados fueron la base para reafirmar su posición y justificar su decisión. Este discurso describe razones como que las condiciones sociales y ambientales del mundo actual y las que se esperan a futuro no son las ideales para “formar a un nuevo ser humano”. Califica las actuales dinámicas de explotación del medio ambiente y consumo como “opresivas y desgastantes”. Expone que el mundo está dominado por un poder alienante, que es detentado por quienes concentran el poder económico y que esto tiene implicaciones en todos los ámbitos de la vida: desde los valores culturales hasta la alimentación.

Este modelo conlleva un desgaste de los recursos naturales cuya consecuencia podría ser la extinción de la raza humana. Esto limita las posibilidades para que los nuevos seres humanos desarrollen una vida plena en el planeta. (Isabel)

A partir de la experiencia como hija, ella se formó una idea de la maternidad como un ejercicio de cuidado y altísima responsabilidad, que implica el poder garantizar el bienestar del hijo. También lo describe como un ejercicio de enseñanza, que implica “mostrar el mundo”, formar en valores, amar, proteger y estar preocupado.

Por otro lado, el ejercicio de la maternidad de mujeres que hacen parte de su capital social –mujeres de estrato medio, habitantes de Bogotá y Manizales, con estudios profesionales y, en algunos casos, de posgrado– la llevan a identificar que hay una parte “muy dura” de la maternidad de la que poco se habla, pero a la que algunas de sus amigas se refieren: garantizar que el otro esté bien, lo cual implica “dominar demasiados factores” que son vistos como un peligro. Y garantizar este bienestar trae como consecuencia “reprimir mucho de uno mismo”.

Me da pereza... y hasta malestar en el estómago y en el pecho... es un rechazo físico... Saber que es mi responsabilidad, que le voy a tener que enseñar todo... No estoy dispuesta a dar todo eso (...) La maternidad es un megaproyecto, un proyecto grande, aparatoso y gris.  
(Isabel)

En el análisis de la narración de Isabel se descubre que este hito es, de alguna manera, una *fachada*; es útil para justificar en público la “inviabilidad” de la maternidad. La pregunta por la maternidad se empieza a volver común antes de llegar a los 30 y, en esos casos, las mujeres tienen que preparar una respuesta para “justificar” ante los demás por qué no lo van a ser. Así que para ella, dado que lo tenía claro desde la juventud, este discurso le fue útil para justificar su decisión ante otros, pese a que las razones de fondo se sintetizaban en frases sencillas como: “no quiero” “no me gustan los niños” “no quiero dejar de ser el centro de mi vida”.

Desde su perspectiva, la maternidad es vista como un “megaproyecto” que no dialoga con su *habitus* actual, ni con su proyecto de vida, que implica hacer una nueva reinversión en capital escolar y emprender un proyecto económico al que espera dedicarse en el mediano y largo plazo. Más que como un “motor” –como en algunos casos se ha calificado a los hijos– ella siente que son un obstáculo.

Yo no quiero renunciar a mis cosas, a mi vida, a mis planes, a mis proyecciones, porque también siento que puede ser un obstáculo. Un hijo sería una extensión que me haría sentir pesada y atada a muchas cosas y no me gusta pensar en eso, no me gusta pensar que estoy

atada. (...) Para mí un hijo es sinónimo de estorbo, a veces; entonces no me parece lógico que pensando que es un obstáculo, deba tener uno. (Isabel)

En 3 de los 4 casos las mujeres manifiestan que hay una presión social que se ejerce a través de preguntas, a veces por parte de integrantes de la familia (la mamá, las nueras, los hermanos y hermanas) o personas de su entorno social.

En algunos casos la presión más fuerte es la ejercida por parte de la propia mamá, cuando la hija ha terminado la universidad y se considera que “está en edad de ser mamá”. Entonces empiezan a imaginar una pequeña versión de la hija: la nieta.

Con el tema de los hijos empiezan las manipulaciones... Estábamos comiéndonos mi torta y mi mamá dijo: ‘¿usted se imagina una hija de Paola?’ Y mi hermana y mi mamá le pusieron a mi ‘hija’ Zumbita, de cariño, y fue toda una vaina de cómo iba a ser Zumbita: sería así, y cuestionaría, ‘sería una niña hippie hippie hippie, pero puppy puppy puppy’ y entonces Zumbita se iría de fiesta y Paola no la dejaría ir... Ellas así armaron la vida de una posible *Paolita*. Y pues a mí me pareció divertido, yo me reí y todo, pero me sentí como ‘usted está obligada de alguna forma a eso’. (Paola)

Ya mis sobrinos eran grandes y mis cuñadas decían: ‘queremos un bebé, solo falta usted’ y yo ‘nonono’, yo les decía ‘hagan otro que les quedan bonitos, les quedan bien hechos’ y ellas ‘que no, que ya le toca a usted’, en broma pero ya luego me rayaban y mi mamá un día se sentó conmigo y me dijo –yo ya vivía con Alejandro, a los 26 o 27– ‘y qué han pensado, usted ya estudió, tiene su carrera y su posgrado, van a tener hijos o no’ y yo ‘yo no quiero tener hijos’, ‘es que los hijos son un apoyo muy importante, cuando uno esté viejo y necesite que lo cuiden’ y yo ‘no, no pienso eso, no pienso que la decisión de tener un hijo sea por el egoísmo de tener quien lo cuide a uno cuando viejo’, ‘sí claro, pero eso es muy bonito, no sé qué’... Después de esa conversación hizo

varios intentos, me mostraba mis fotos: 'mire tan linda usted imagínese cómo sería un hijo suyo', y yo 'no quiero' y ella me dejó de preguntar y ahora que no tengo pareja y que me veo como me veo ya saben que paila, eso ya murió así, jajaja. (Angélica)

La presión también la ejercen personas del medio social en su sentido más amplio: recién conocidos, compañeros de trabajo y amigos. En todos los casos las mujeres deben entrar en la dinámica de justificarse y defenderse de las preguntas, para ello han elaborado un discurso argumentativo que pretende persuadir sobre la validez de la decisión. Esta situación evidencia claramente que la decisión de no ser madres va en contravía de la valoración de su contexto social; los amigos, los conocidos, los familiares no entienden por qué ellas van en contra de una práctica que no se cuestiona, solo se reproduce, pues se tiene por *natural*, como lo expresan los anteriores relatos. Algunas veces los cuestionamientos cesan bajo la idea que es un capricho "pasajero", es decir, ellas están temporalmente equivocadas y luego "entrarán en razón", cuando el "instinto materno" se manifieste. Como está naturalizado que las mujeres deben ser madres (y hay un momento para ello: no en la adolescencia sino al terminar la universidad, estar trabajando y tener una pareja) su opción es vista como una desviación y algunas veces son catalogadas como *egoístas*; es decir, por muchos argumentos que expongan recae sobre ellas la sospecha que algo anda mal en ellas. Algunas reproducen en su relato sobre sí mismas la catalogación de egoístas, es decir, no necesariamente están desligadas de la idea que haya algo mal dentro de sí, pues "egoísta" –aunque puede estar resignificado– tiene en su origen un sentido negativo.

#### "NO TENGO HIJOS, PERO TENGO GATO". OTRAS MATERNIDADES

Fafis, Pimienta, Agustina y Pascual son los nombres de las mascotas de Isabel, Paola y Liliana. Y en el caso de Liliana y de Angélica los ejercicios de cuidado se enfocan en sobrinos y sobrinas. Desde la infancia, parte de su capital cultural incluye en la escuela y en el discurso de los padres y madres el inculcar en las mujeres el cuidado hacia otros, se trata de un aprendizaje que no desaparece de su *habitus* por el hecho

de elegir no ser madres biológicas, sino que se enfoca en otros, como los amigos, la pareja, sobrinos y sobrinas o en las mascotas.

Los ejercicios de cuidado consisten en el hecho de estar pendiente, asegurar su bienestar físico y emocional. Con los gatos, en proveer todo lo necesario para su subsistencia: hogar, comida, cuidados médicos y afecto. En el caso de las sobrinas y los sobrinos, y en algunos casos la propia madre, en hacer cosas juntos, dialogar, dar consejos y, algunas veces, proveer económicamente.

No tengo hija pero respondo por mi mamá y por su bienestar. Y no me pesa, la quiero y quiero que esté bien y tenemos una buena relación y me tiene mucha confianza... Esa es una maternidad y otra con mis sobrinas y sobrinos. Con mi sobrino nos pusimos a jugar Xbox, él como tiene otro referente de tía, más convencional, esa no es una maternidad convencional, pero yo sí siento un vínculo hacia ellos y ellas muy fuerte. (Angélica)

Con las mascotas hay un fuerte vínculo emocional.

Yo a mis gatos los he puesto en ese rol de chiquitos. Con Pimienta, sobre todo, porque cuando estaba Tomate yo los veía más como mis compañeros de apartamento, pero cuando desapareció Tomate yo me di cuenta de que Pimienta es un gato muy mimado, que necesita mimos, cariños y consentimientos y lo puse en el rol de gordo, 'mi gordo'. (Paola)

Laura Sofía tiene 14 años y ya tiene novio, eso me angustia un poco. Tenemos una buena relación, nos vemos o nos hablamos por teléfono una vez a la semana, yo le pregunto cómo va en el colegio. Ella ya despegó, tiene una opinión propia sobre las cosas. Yo le recalco que estudie y piense en la universidad, que se gane la vida, que sea independiente y que se cuide de las redes sociales, por ejemplo, que no es obligatorio mostrarse sexy, que mejor se concentre en el estudio. (Liliana)

#### **CAPÍTULO 4: REPRESENTACIONES DE “LA MADRE” Y DE “LA MUJER”. EL *HABITUS* EN EL CONTEXTO DE LA MODERNIDAD**

Pese a la usual asociación de mujer y madre –en lo que Fernández (1993: 161) llamó “el mito mujer = madre” y según el cual “la maternidad da sentido a la feminidad; la madre es el paradigma de la mujer, en suma; la esencia de la mujer es ser madre”– las mujeres que hacen parte de este estudio tienen en común una escisión entre lo que conciben como “ser mujeres” y lo conciben como “ser madres”.

Ambas representaciones aparecen como antagónicas y, pese a que la madre es descrita en algunas ocasiones con características positivas (como un ser amoroso, alguien que muestra el mundo, que enseña, etcétera) en su conjunto encarna el tipo de persona que no se quiere ser.

Mi apuesta es que una manera de leer esta escisión radica en los valores de la sociedad moderna (tardía la llamaría Giddens, líquida Bauman) descrita por Giddens (1995) y Bauman (2000 y 2001). Considero que pese a que en principio pueda parecer ligero conectar estas representaciones con elementos macro sociales –como los derivados de la modernidad tardía– es posible y pertinente, pues permite comprender las representaciones desde una perspectiva más amplia, que trasciende los límites espaciales, y conectarlas y entenderlas también desde las tendencias que trascienden los límites de lo local, que se entienden dentro de lo que Giddens llama el *medio mundial*.

##### LA MADRE. RETRATOS DE QUIEN NO SE QUIERE SER

A continuación voy a exponer, a manera de “retratos” las representaciones que cada una de mis entrevistadas tiene sobre la maternidad, es decir, el hecho de ser madre; seguido por una síntesis de los elementos comunes que, a grandes rasgos, describen lo que para ellas significa ser madre, su representación. Posteriormente, describiré

cuatro “retratos” que elaboré como reinterpretación de lo que ellas me contaron sobre sí mismas a lo largo de las entrevistas.

A partir de los retratos de “la madre” y de los “retratos de la mujer”, finalmente, expondré los elementos comunes en su construcción de la identidad y de sus *habitus* a la luz de los valores de la modernidad tardía.

*Retrato 1: Mujer fracasada. “De mariposa a gusano, metamorfosis inversa”*

Para Paola, la madre tiene una responsabilidad que va más allá de participar de la proveeduría de las cosas materiales (cuidado, vestido, comida y techo); ella es, principalmente, una mujer que tiene un bienpreciado y escaso llamado “tiempo”, sin el cual no se puede ser una madre, pero sobre todo, lo que se llama una *buena madre*. En su uso del tiempo, ella comparte con sus hijos, les cuida, les forma. Por otro lado, cuando la mujer se convierte en madre sufre una metamorfosis: pierde su libertad y su horizonte sobre ella misma, abandona sus metas y sus proyectos personales por dedicarse al proyecto llamado “hijo”, en el que invierte toda su energía y la totalidad de aquel bienpreciado, el tiempo. Es una contradicción en los términos... Una buena madre debe tener tiempo, pero no es para sí misma, por eso se frustra como persona. En contraste, aquella que tiene tiempo para sí misma es juzgada como mala madre. La madre fracasa en cualquiera de los casos.

*Retrato 2: Madre hospedera. “Llevar un parásito que encarna la subordinación”*

En el caso de Angélica, la madre es alguien que tiene un parásito, un ser que se alimenta de ella, le chupa la sangre y por el cual debe sufrir cambios drásticos en su cuerpo que incluso pueden poner en riesgo su vida. Por otro lado, desde el punto de vista social, es el rol en el que se basa la inferioridad de las mujeres, “es una trampa de subordinación y explotación del trabajo de las mujeres, creo que esa idea del cuidado y de la protección de la vida son trampas para explotar nuestro trabajo y para mantenernos en una posición de subordinación”, Angélica.

*Retrato 3: Madre Atlas frustrado. “Un ser pesado que sufre de agobio y preocupación”*

Para Isabel, la madre es una persona amorosa, que está pendiente de cada cosa que hace el hijo para corregirlo y mostrarle el mundo, es decir, enseñarle lo que “está bien” y lo que “está mal”. Ella, ante todo, es responsable de su bienestar (el del hijo) y eso significa tener el control de demasiadas variables del entorno: está preocupada permanentemente por la existencia de elementos peligrosos, dañinos o negativos que están fuera de su alcance, como las características del mundo que son heredadas y difíciles de evitar y modificar, como el sistema económico, los daños ambientales, la inseguridad. Esta tarea es una carga muy pesada, pues la madre debe vivir para tratar de mantener a salvo a su hijo. Lograrlo demanda mucho tiempo, esfuerzo y preocupación, por ello la madre debe desplazar todos sus proyectos personales, es una persona que renuncia, que queda en un segundo plano dentro de su propia vida. Eso explica por qué madre es sinónimo de frustración.

*Retrato 4: Madre carente. “Sola, sin independencia, sin estudio y sin libertad”*

Para Liliana, la madre es una mujer llena de carencias: se queda sola criando, porque los hombres no se comprometen con esa tarea. Ella, además, renuncia a su vida social, pues independencia y maternidad no van juntas: para ser mamá hay que dejar de verse con amigas y amigos, tampoco se puede ir a fiestas o permitirse un poco de diversión. Y en caso de actuar de manera contraria hay que estar dispuesta a ser fuertemente criticada, pues estos actos son privilegios del padre. Normalmente, la madre tiene problemas con el tiempo, porque debe dividirlo entre el trabajo y las labores de ser mamá; como resultado, el tiempo que le queda para ella misma es muy reducido. Eso hace que no pueda estudiar, sobre todo una maestría o un doctorado... Por todo esto la mujer que es madre pierde por completo su libertad.

Estos retratos exponen, en síntesis, un tipo de mujer que entrega demasiado; la madre da amor, da enseñanzas, da cuidados, da tiempo... Da tanto que se queda con muy poco para sí misma. El costo es alto: pierde el protagonismo de su propia vida, deja de lado sus proyectos personales, académicos y laborales. Es vista como una mujer frustrada y sin libertad. Desde otro punto de vista, el hijo encarna la subordinación que explota el trabajo de las mujeres y las mantiene en una situación de inferioridad.

Si ponemos en diálogo estos 4 retratos vemos que, de alguna manera, todos exponen más o menos los mismos elementos; ellos describen la representación de la maternidad en estas mujeres:

“La madre debe tener mucho tiempo para los hijos y, por lo tanto, poco tiempo para sí misma. Este ejercicio de la maternidad implica, además, una enorme responsabilidad y angustia; por todo lo anterior, ser madre implica el abandono de sí misma”.

Esta aseveración se puede dividir en tres puntos clave:

Tiempo. Ser madre es dedicar buena parte de tiempo personal al cuidado de un tercero dependiente. Esto implica renunciadas de todo tipo: dejar de lado actividades del disfrute personal como hobbies, vida social y diversión. También aplazar u olvidarse de retos profesionales o educativos que impliquen uso del tiempo personal.

Alta responsabilidad y angustia. Ser madre implica asumir una gran responsabilidad, que viene acompañada de angustia. Esta responsabilidad tiene varias aristas: por un lado, garantizar el bienestar de un tercero dependiente, es decir, tener bajo control variables diversas y llenarse de preocupación por aquellas que hacen parte del entorno y están fuera del alcance de la madre. Por otro lado, la responsabilidad también es económica: hay que garantizar el sustento y, por lo tanto, trabajar arduamente para ganar cada vez más dinero, pues los gastos tienden a aumentar con el paso del

tiempo. También es la responsabilidad de educar: implica mostrarle el mundo al otro: enseñarle a distinguir lo que “está bien” de lo que “está mal” y formarle un criterio para que sea “un buen ser humano”.

Abandono de sí mismas: Las dos características anteriores dejan poco espacio para la persona más allá de este rol, este aspecto de la representación es quizá uno de los más chocantes para las mujeres que no quieren ser madres; ellas perciben que el hecho que la madre encuentre la “realización personal” en el hijo, significa aplazar o descartar proyectos personales y de corte profesional o educativos. De ahí se deriva que se vea a la madre como una persona frustrada, sin libertad, obstaculizada o, incluso, portadora de un parásito y en un estatus de subordinación.

#### *HABITUS DE MUJERES LIBRES. RETRATOS*

Para el grupo de mujeres de este estudio, ser mujeres no implica ser madres. Tal vez se asuman maternidades sustitutas pero, desde su perspectiva, no se comparan con las implicaciones de la maternidad biológica. En este caso, la descripción que hacen de lo que significa ser ellas mismas o de lo que proyectan para su vida no solo se encuentra en contraposición a las características de la madre, implica la construcción de una identidad en íntima conexión con las características de la sociedad moderna.

De acuerdo con Bourdieu el *habitus* es, en síntesis, el conjunto de prácticas de un sujeto, determinadas por su posición de clase y que, a su vez, reproduce y expone los códigos de la clase o segmento de clase social al que pertenece. En *La distinción* hace la siguiente descripción del *habitus* en relación al gusto: “El *habitus* es a la vez, en efecto, el principio generador de prácticas objetivamente enclasables y el sistema de enclasamiento (*principium divisionis*) de esas prácticas. Es en la relación entre las dos capacidades que definen al *habitus* –la capacidad de producir unas prácticas y unas obras enclasables y la capacidad de diferenciar y de apreciar estas prácticas y estos productos (gusto) – donde se constituye el mundo social representado, esto es, el espacio de los estilos de vida” (Bourdieu, 1979: 170). Retomando una síntesis del

*habitus*, podría decirse que este se materializa en prácticas, es producto de la estructura y de los capitales heredados y adquiridos, es el origen del principio de percepción y apreciación de los sujetos. Es el fruto de los condicionamientos asociados a una clase social o una clase particular de condiciones de existencia.

Pese a las particularidades del origen social que determinan los *habitus*, vale la pena contemplar, además, las características de la sociedad en un nivel macro y que, dadas las interconexiones en el ámbito mundial actual, afectan en alguna medida a todos los individuos. “Los cambios en aspectos íntimos de la vida personal están directamente ligados al establecimiento de vínculos sociales de alcance muy amplio. No quiero negar con ello la existencia de muchos tipos de lazos intermedios (por ejemplo, entre entidades locales y organizaciones estatales). Pero el grado de distanciamiento espaciotemporal introducido por la modernidad reciente se halla tan extendido que, por primera vez en la historia de la humanidad, el ‘yo’ y la ‘sociedad’ están interrelacionados en un medio mundial” (Giddens, 1995: 48).

En los *habitus*, desde una perspectiva más singular, se expresa lo que Giddens llama “la identidad del yo”, es decir, en una *trayectoria* a través de los diferentes marcos institucionales de la modernidad a lo largo de la *duración* que se suele llamar el “ciclo de vida”. “Cada uno de nosotros no solo tiene sino que *vive* una biografía reflejamente organizada en función de los flujos de información social y psicológica acerca de los posibles modos de vida. La modernidad es un orden postradicional en el que a la cuestión ‘¿cómo he de vivir?’, hay que responder con decisiones tomadas cada día sobre cómo comportarse, como vestir, qué comer –y muchas otras cosas–; además, tal cuestión se ha de interpretar en el despliegue de la identidad del yo en el tiempo” (Giddens, 1995: 26)

Así, los *habitus* como la identidad se ven influidos, desde una perspectiva más global, por las instituciones y fenómenos propios de la modernidad que, de acuerdo con Giddens, es una expresión equivalente a “mundo industrializado”, es decir, basado en las relaciones sociales que trae consigo el empleo generalizado de la fuerza física y la maquinaria en procesos de producción. Además del capitalismo y el estado nacional, otro aspecto que caracteriza la modernidad de manera determinante es el extremo

dinamismo. “El mundo moderno es un ‘mundo desbocado’: no solo el *paso* al que avanza el cambio social es mucho más rápido que el de todos los sistemas anteriores; también lo son sus *metas* y la *profundidad* con que afecta a las prácticas sociales y a los modos de comportamiento antes existentes” (Giddens, 1995: 28).

Tras exponer este breve contexto teórico, a continuación están los retratos de cada una de las entrevistadas elaborados como reinterpretación de lo que me contaron sobre sí mismas a lo largo de nuestros diálogos; describo en frases sus *habitus*: se mezcla lo que dicen que hacen, lo que es importante para ellas con lo que proyectan a futuro; además de sus reflexiones sobre sí mismas y sobre las mujeres que han sido sus “modelos”. Debo aclarar que estos retratos son solo narrativos, es decir, no significa que ellas actúen de manera coherente con respecto a estas ideas enunciadas; más es una síntesis discursiva de elementos tratados en las entrevistas, son palabras que describen las interpretaciones sobre sí mismas.

Posterior a los *habitus* –que elaboro a manera de autorretratos– extrastraré la representación de “la mujer”, la pondré el diálogo con aspectos clave de la modernidad tardía y con algo que todas coincidieron en llamar “proyecto de vida”.

*Retrato 1: Mujer autorrealizada. “Una mujer vive demasiado ocupada en sí misma”*

Para Paola, la mujer no necesita ser madre para sentirse realizada, pues esto lo consigue a través de sus logros laborales y académicos. Invierte su tiempo y su dinero en el disfrute de su vida personal (el ocio, la buena comida, los viajes, compartir con los amigos y amigas), así como en sobresalir en el trabajo y preocuparse por estudiar... Aunque admite que veces es laxa con el tiempo de descanso y esto le genera sentimiento de culpa. Son muchas actividades y poco tiempo, por eso siempre está de afán. Es reconocida socialmente a raíz del prestigio que se ha granjeado en los ámbitos laboral y académico. Se siente una persona inteligente, que tiene una apuesta política y la defiende, a veces ganándose peleas con la gente que piensa diferente. La mujer, además, busca sentirse cómoda estando sola... o con su mascota (en caso de tener una); busca resignificar la idea de la belleza y no sentir vergüenza

de su cuerpo, más bien sentirse orgullosa de sí misma; pero esa búsqueda suele ser fuente de contradicción, pues los modelos de belleza están muy arraigados y pese a que se ha roto la idea de verdad que los recubría, conviven las resignificaciones de la belleza con algunas pautas del estereotipo.

*Retrato 2: Mujer para sí. “Sin arrogancia... Pero una mujer se hace a sí misma”*

Para Angélica, la mujer dedica mucho tiempo a sí misma y a las tareas derivadas de los diferentes ámbitos que conforman su vida. Disfruta de su soledad y, a la vez, está llena de ocupaciones... estudia, comparte con su familia y amigas, asiste a diversas reuniones. Tiene proyectos vitales tan importantes como la maternidad, pero sin ser madre, como los proyectos políticos y académicos. Su postura política se vive y se defiende en lo personal y en lo público. Procura no juzgar a otras por no parecerse a ella, pues considera que hay tantos tipos de mujer como mujeres hay en el mundo, en cada una hay tanto de reproducción de los estereotipos como reelaboración de los mismos, “cada una toma lo que le sirve”... Esto puede implicar estar en constante conflicto, revisión, ajuste. La mujer es crítica frente al mundo y frente a sí misma, el estudiar y el vivir le han permitido ver las cosas desde otros ángulos. La mujer se hace a sí misma, una tarea nada fácil, porque implica separarse de los modelos tradicionales y en cambio, a punta de análisis, reflexión, determinación y el hecho de enfrentarse a las propias contradicciones, asumir la labor de hacerse a sí misma. La mujer reinterpreta y reelabora incluso lo que aprendió durante la crianza y juventud: pese a que le hayan inculcado que es débil, aprende a identificar sus fortalezas físicas; pese a haber sido criada bajo la importancia de ser bonita para agradarle a los hombres, busca liberarse –en alguna medida– de esa idea; estos retos le significan una constante confrontación simbólica con el entorno, pues la sociedad todo el tiempo evalúa a la mujer por el cumplimiento de cánones como el de belleza, la feminidad, etcétera.

*Retrato 3: Mujer libre. “Una mujer es liviana y no tiene obstáculos”*

Para Isabel, una mujer se ocupa de sí misma y de sus proyectos personales, académicos y laborales. Una mujer es liviana, nada la ata, es libre para decidir qué quiere hacer con su vida, no tiene impedimentos; hace lo que quiere, todo depende de ella; es consciente de que puede no solo soñar, se interesa en plantear proyectos económicos, académicos, laborales que busca concretar, pues se concibe sin limitantes, ni obstáculos... Y con una gran responsabilidad sobre sí misma. A veces esta responsabilidad es como una carga que emerge en los momentos de autorreflexión, pues le genera cargo de conciencia sentir que no ha hecho lo suficiente por sí misma. Y aunque la mujer en ocasiones se hace daño con la práctica de vicios y excesos, también se consiente, se quiere, se cuida y, estando en una relación, procura no abandonar a sus amigos y amigas, sabe que esto es importante aunque muchas veces lo olvida. La mujer vive, experimenta y recorre el mundo. Suele estar involucrada en muchas actividades y tiene la cabeza llena de planes. Una mujer también se preocupa por el medio ambiente y está comprometida con causas sociales, como la de los campesinos en Colombia... No necesariamente es coherente, pero se preocupa porque lo que piensa coincida con sus acciones. Se apasiona por los temas en los que cree, lee constantemente sobre ellos, discute sobre ellos y les enseña a otros sobre esos temas.

*Retrato 4: Mujer creadora. “Una mujer no se ajusta a los moldes, se ocupa de descubrirse”*

Para Liliana, una mujer “completa” rompe con los paradigmas. Es arriesgada, es capaz de dejarlo todo, aunque a veces sea más desde la intención, pues antes de pasar a la acción analiza largamente y con detalle. Es rebelde. Está en desacuerdo con darle importancia a lo que otros piensen sobre “lo que debería ser su vida”, pero hay una tensión entre querer quedar bien y que le deje de importar realmente la opinión de terceros. Sale adelante, aprende. Una mujer gesta inquietudes e ideas: sus intereses personales se convierten en proyectos académicos y laborales, de ello salen

nuevos aprendizajes, investigaciones y artículos. Disfruta, sale de rumba, dedica tiempo a sus amigos, busca el posgrado que más se ajusta a sus intereses. Pese a las malas experiencias, o quizá por ellas, está en constante reflexión frente al mundo. La mujer también se ocupa del cuidado de otros: de sus gatos, de sus amigos, de sus seres queridos, de sus plantas; pero, sobre todo, de sí misma. Busca constantemente maneras de ser feliz en un contexto adverso. Se esfuerza, le hace caso a la intuición, sigue sus corazonadas. Una mujer también sufre por amor, se encuentra con parejas que no se acomodan con su ideal. Muchas veces una mujer quiere hacer planes a mediano y largo plazo y se descubre a sí misma sola, sin la compañía de “cómplices”. Siempre siente que le hacen falta muchos planes por emprender. Tiene ganas de descubrir el mundo y lo va haciendo poco a poco, viajando, leyendo y escribiendo. A veces sintiéndose plena, a veces sintiendo un sinsabor.

En estos retratos hay muchos elementos compartidos –de hecho uno podría sentir que está leyendo una misma descripción puesta en diferentes palabras–; ¿podría afirmarse que existe entre estas mujeres un *habitus* común, ligado a una percepción similar de lo que es “ser mujer” y que, pese a que ellas sean o no consciente de ello, está en contraste con su representación de lo que es “ser madre”?

Uno de los elementos que destaco de su *habitus* es su vínculo con la academia. En términos de capitales, para estas mujeres la reinversión en capital escolar es fundamental, esperan seguir educándose y sobresalir académica y laboralmente; hacerse a un capital simbólico en su campo laboral. La educación es un elemento que no solo da satisfacción personal, sino que también les provee estatus, es también la apuesta por asegurarse un modo de subsistencia y un capital económico en el futuro cercano.

Por otro lado, ¿hablan estas descripciones de *habitus* desgarrados? Me atrevería a decir que sí. Estos *habitus* reflejan un proceso de desnaturalización de la idea de la mujer vinculada a la idea de ser madre. Cada una de ellas, si bien atiende maternidades sustitutas, desligó su identidad de la maternidad biológica, hecho que contraría la tendencia social y cuya tensión se expresa en la presión que reciben de sus familiares, amigos y conocidos en relación a que *ya es hora de que se*

*embaracen*. De acuerdo con Bourdieu el *habitus* desgarrado aparece debido a una especie de ‘desgaste’ relacionado con la ausencia de actualización (en relación a con un cambio de posición o condición social). Es posible que el capital cultural heredado en la familia y en el contexto social esté desgastado en relación a otros valores y prácticas en relación a lo que se espera hoy en día de las mujeres y que contrarían las disposiciones legitimadas tradicionalmente en el capital cultural heredado (en instituciones como la familia, las religiones tradicionales, los escenarios escolares). Habría, entonces, un desfase entre los valores más tradicionales y, por otro lado, el tipo de sujetos mujer que la sociedad está construyendo en sectores sociales específicos, mujeres que hablan de “tiempo para sí misma”, “disfrute de la vida”, “proyectos propios”, “hacerse a sí misma”, en vez de “los hijos son el motor de la vida” o “se es una mujer plena siendo madre”. Estos *habitus* desgarrados entran en diálogo con valores diferentes a los de sus padres, más bien se conectan con los valores heredados de las luchas feministas, que se refieren a autonomía e independencia, igualdad, ciudadanía y derechos.

Estos *habitus* están *desgarrados* porque contrariaron una construcción social en torno a la maternidad y el ser mujer, los cuales aún no se han “actualizado”. ¿Qué significa que estas mujeres hayan tenido que elaborar un discurso “persuasivo” “creíble” y “coherente” para justificar por qué no quieren ser madres? Significa que parte de su entorno social cercano (padres, amigos y conocidos) sigue considerando que *el derecho de las cosas* es que la mujer (a cierta edad y luego de haber terminado la carrera y estar trabajando) debe ser madre; en síntesis, el contexto de estas mujeres sigue naturalizando la maternidad y a ellas les toca hacer un esfuerzo discursivo constante para justificar su *desviación*.

La situación evidencia el dinamismo de la *habitus*. Bourdieu expone en *Meditaciones Pascalinas* que los *habitus* cambian sin cesar en función de las experiencias nuevas, donde las disposiciones están sometidas a revisiones permanentes, aunque nunca radicales, porque se llevan a cabo a partir de las premisas instituidas en el estado anterior. Hay allí una combinación de constancia y variación que cambia según los individuos y su grado de agilidad y rigidez (1999: 211). Podría decirse que una realidad social trastocada por las acciones y discursos que han jalonado los

movimientos feministas en las últimas décadas –y que se han irradiado en diversas instituciones sociales– puede ser fuente de valores y prácticas que están jalonando *habitus* que contrarían ideas y prácticas asociadas a la subyugación femenina. A esto se suman los cambios que se producen en la sociedad producto de las lógicas modernas y que se expondrán de manera más amplia más adelante.

A continuación se extraen de estos *habitus* las representaciones de “la mujer”, como se verá en el siguiente apartado.

#### LA MUJER. SU REPRESENTACIÓN

La representación de “la mujer” descrita en estos *habitus* desgarrados es una mujer que se siente libre, habita el espacio público, más que el espacio doméstico, concibe sus apuestas personales, laborales, económicas y académicas en términos de “proyectos” y lidera muchos a la vez; estos demandan buena parte de su tiempo y energía. Y pese a la importancia de sus responsabilidades, se siente liviana y sin obstáculos (más allá de los intrínsecos a la ejecución de dichos proyectos). De acuerdo con sus narraciones, la mujer es el centro de su propia vida y, en muchos de los casos, se considera a sí misma como “su propio proyecto”.

Veamos, por ejemplo, cuatro elementos sobresalientes en las representaciones de la mujer que ilustran los cambios en valores:

Tiempo para sus proyectos: La mujer dedica la totalidad de su tiempo a sus proyectos personales, laborales y académicos, los cuales le generan “satisfacción” y o “autorrealización”. Para empezar, para ella es importante dedicarse tiempo a sí misma: hace deporte o planea empezar a hacerlo en algún momento del futuro cercano; le da valor a “comer saludablemente”, en lo posible; comparte su tiempo libre con sus amigas, amigos y familia. El uso del tiempo está ligado con la inversión en capital escolar, el cultivo de su capital cultural y la búsqueda del prestigio en su campo laboral.

En este punto aparece una de las inquietudes planteadas en el marco teórico respecto de la significación que puede tener "no ser madre" como apuesta para aumentar el capital económico. Podríamos decir que en algunos casos, abiertamente, sí es una estrategia. En otros, aunque no se enuncia de forma directa y abierta, puede suponerse dada la importancia que las mujeres le dan al hecho de sobresalir en el ámbito laboral; adicionalmente, no ser madres les da tiempo suficiente para invertir en capital escolar no solo por el disfrute que obtienen del hecho de aprender, también para encontrar un empleo con mayor reconocimiento en su campo (aumento de capital simbólico) y mejor remunerado (aumento de capital económico).

Dejar de lado el reconocimiento social que proviene del ser madre para estas mujeres no es conflictivo. En sus trayectorias de vida, especialmente a partir de lo inculcado en la infancia y adolescencia, aparece la importancia de sobresalir académicamente. En sus discursos, además, se expone como fundamental sobresalir en el campo laboral. Podría decirse que el reconocimiento derivado del rol materno es reemplazado, en estos casos, por el reconocimiento de sí mismas en términos de que se valoren sus proyectos académicos y laborales. Entre sus creencias está que el valor de la mujer está, más que en "el sacrificio de ser mamá", en el hecho de cultivarse intelectualmente, de ahí que para ellas resulte clave la inversión de su capital económico en capital escolar.

Responsabilidad, pero liviandad (libertad) en el futuro próximo: en esta representación la mujer se toma muy en serio sus responsabilidades laborales y académicas; pero valora el hecho de no tener ataduras y obstáculos, es decir, sentirse libre para elegir sus proyectos a futuro, en el que, por lo general, se ve estudiando, viajando, sobresaliendo. La libertad es una de las palabras en las que las mujeres hacen mayor énfasis al referirse a sí mismas y a sus planes, es decir, es uno de los elementos centrales dentro de la representación de la mujer que no quiere ser madre.

Bauman, en el contexto de lo que llama modernidad líquida, expone la libertad como el derecho que tiene el individuo moderno a no ser obstaculizado y, para describirlo, toma las palabras del historiador G. Ruggiero: “En la formulación clásica de Guido Ruggiero, ‘la libertad es la capacidad de hacer lo que a uno le gusta, la libertad de elección implica el derecho del individuo a no ser obstaculizado por otros en el desarrollo de su propia actividad’ (Bauman, 2001: 249). En su construcción de lo que es “ser una mujer plena” y sin hijos, el hijo es, de hecho, la encarnación de la limitación a la libertad.

En algunas entrevistas, incluso, “hijo” fue descrito como sinónimo de obstáculo, parásito y estorbo. El hijo demanda casi la totalidad del tiempo libre de la mujer (madre), así como su energía. Acapara su vida. En ese sentido, limita sus opciones de elección: él es la elección, en singular. Por eso podría decirse, en últimas, que en este caso el antónimo de *libertad* es *hijo*. La mujer de esta representación no tiene hijos, pero tiene libertad. ¿Libertad para qué? Para elegir. “La pluralidad de elecciones que se presenta a los individuos en la situación de modernidad reciente depende de varios factores. El primero es el hecho de vivir en un orden postradicional. Actuar en un mundo de elecciones plurales y comprometerse en él es optar entre alternativas” (Giddens, 1995: 108). Desde esta perspectiva, ellas pertenecen a la posmodernidad.

Las opciones entre las que eligen son mencionadas no como un plan minuciosamente detallado, sino apenas con un verbo (viajar, estudiar...) y, en el mejor de los casos, va acompañado con una breve descripción. Su cumplimiento también está ubicado en un futuro próximo, quizá en el mediano plazo. El hijo, en contraste, es un proyecto no solo pesado (que limita las opciones) sino que, además, es a largo plazo.

En la modernidad líquida (o postradicional) de Bauman, en contraste con la modernidad sólida (o tradicional), el ‘largo plazo’ ya no es un valor, sino una desventaja. Ocurre con los objetos pero también puede aplicarse a los proyectos. En esa medida el hijo es visto como una carga muy pesada: no se deja de ser madre ni siquiera cuando el hijo alcanza la mayoría de edad o se

va de la casa, se es madre siempre, es decir, es una responsabilidad que nunca acaba.

La duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto; lo mismo puede decirse de todo lo grande, sólido y pesado... lo que obstaculiza y restringe los movimientos (...). Cuerpos delgados y con capacidad de movimiento, ropas livianas y zapatillas, teléfonos celulares (inventados para el uso del nómada que necesita estar “permanentemente conectado”), pertenencias portátiles y desechables, son los símbolos principales de la época de la instantaneidad. El peso y el tamaño, y especialmente lo gordo (literal o metafóricamente), culpable de la expansión de los dos anteriores, comparten el destino de la durabilidad. Son los peligros que hay que combatir o, mejor aún, evitar. (Bauman, 2000: 137).

Un hijo es la encarnación de “lo pesado” en la vida de este tipo de mujeres. Ellas quieren viajar livianas.

La mujer sin hijos es el centro de su propia vida: Las mujeres que hicieron parte de este estudio ven a los hijos como un proyecto entre muchos otros; estos representan, particularmente, un proyecto que no les interesa. En esta representación “la mujer” prefiere, en cambio, un proyecto llamado “ella misma”: “yo soy mi propio proyecto”, expusieron algunas; ellas son el centro de su propia vida, son su propio objetivo. Algunas para tratar de encontrarle un sentido a su *desviación* incluso se llamaron a sí mismas *egoístas*.

Este tipo de mujeres hacen una apuesta por resignificar la soledad, algunas hablan de la soledad no como algo negativo, sino como un espacio de disfrute; otras lo ven de manera dual, con una cara que expone una carga negativa. En esta representación, la mujer disfruta de su soledad, aunque a veces la sufre, la deja de lado y busca la compañía de sus amigos y seres queridos. Permanece, como en “la madre” la importancia del cuidado, esta vez enfocado

en ella misma, sus mascotas y sus familiares. Pero, sobre todo, hace cosas por ella y para ella.

Dentro de su dinámica, hay un espacio para la autorreflexión, es decir, la revisión constante de ellas mismas para solucionar asuntos de su pasado que les ronda la cabeza. Algunas visitan analistas (por lo general del campo de la psicología) o entre sus lecturas hay algunas sobre temas relacionados. Hay contrariedades aunque a este tipo de mujer le interesa ser coherente y sentirse satisfecha con lo que es y con lo que hace. Acciones descritas como aprender, entenderse, cambiar, ser mejor, aportar a los cambios del mundo hacen parte de sus discursos.

Giddens (1995: 49) expone cómo la reflexividad es parte constitutiva de las dinámicas de los individuos en la modernidad “alcanza el corazón del yo (...); en las circunstancias de la modernidad el yo alterado deberá ser explorado y construido como parte de un proceso reflejo particular para vincular el cambio personal y el social”. Explica el autor que esto no se limita a los momentos críticos de la vida, es un rasgo general de la actividad social moderna en relación con la “organización psíquica”.

Seguir un modo de vida tradicional implica reproducir lo socialmente establecido; por el contrario, decidir apartarse de los modos de vida conocidos implica entrar en controversia con lo socialmente aceptado e involucrarse en procesos de revisión de sí mismo, de reflexión; algo inevitable para las mujeres que, por diferentes circunstancias, se alejaron de la opción de ser madres. Fruto de ese proceso ha sido, entre otras cosas, los discursos que una y otra vez debe perfeccionar para justificarse frente a un contexto social que constantemente las inquiera sobre el por qué no van a ser madres.

Cambiar el mundo: La mujer que describen tiene inquietudes políticas relacionadas con el feminismo, la multiculturalidad y el agro. Se siente afiliada a las causas políticas, la razón que encuentran es que tanto la academia como

la experiencia de vida les ha dado sensibilidad social y siente que hay mucho qué cambiar en el mundo, “inequitativo” y “machista”.

#### PROYECTO DE VIDA. UN MENÚ QUE SE ELIGE CON LIBERTAD

Los *habitus* desgarrados de las mujeres que no quieren ser madres describen tanto sus estilos de vida como sus planes a futuro. De hecho, en las entrevistas todas coincidieron en hablar de algo que llamaron “proyecto de vida”, con lo cual se referían a los planes a corto y mediano plazo.

Los *habitus* y los planes de vida (o proyectos de vida) se relacionan con las características arriba mencionadas en relación con su “representación” de la mujer: están unidos a la reflexividad del yo, derivada de la amplísima posibilidad de elección, ambas consideradas rasgos de la modernidad.

“En el plano del yo, un componente fundamental de la actividad diaria es el de la mera *elección* (...). La tradición o los hábitos establecidos ordenan la vida dentro de canales relativamente impuestos. [Por su parte] la modernidad coloca al individuo frente a una compleja diversidad de elecciones y, al carecer de carácter fundacional, ofrece al mismo tiempo poca ayuda en cuanto a qué opción habrá de escoger” (Giddens, 1995: 105).

Las mujeres que no quieren ser madres han configurado y han *proyectado habitus* donde la maternidad no cabe (la maternidad, de hecho, haría parte de lo que Giddens llama los estilos de vida tradicionales); al apartarse de ese “destino”, ellas debieron configurar estilos y planes de vida “alternativos” a partir de la elección entre múltiples opciones.

“Un estilo de vida puede definirse como un conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta no solo porque satisfacen necesidades utilitarias, sino porque dan forma material a una crónica concreta de la identidad del yo”

(Giddens, 1995: 101), es decir, porque consideran que están en relación con su definición propia, de quiénes son, de cómo ellas se describen.

Yo quisiera poder ser docente en la [Universidad] Nacional, de planta, y estar en la Escuela de Género, leer y escribir más sobre mis temas; seguir investigando, con trabajo político también en organizaciones o políticas feministas, co-construídas de otras maneras. En la Secretaría de la Mujer no me veo más, porque yo creo que a veces esas lógicas institucionales le tuercen a uno la cabeza. (Angélica)

Quiero tener una vida de campo, trabajar la tierra. Pienso en tener animales, y me interesa incluso trabajar con niños (no míos), porque en esa etapa es donde hay que formarlos para generar cambios, es de esas cosas que quiero conseguir a mediano plazo; me parecería bueno elaborar programas para promover conciencia de cambio, una perspectiva diferente de la apreciación del mundo, de la naturaleza, de los animales, de otros seres humanos. Me gustaría ser como un punto de influencia positivo a esa escala. Vivir de eso y viajar por el mundo dando conferencias en relación a esa experiencia positiva que sería mi finca o granja, no sé cómo llamarlo. (Isabel)

Tengo muchos sueños y eso es lo que me recuerda que la edad no es impedimento para cumplirlos. Mi mamá me dice siempre que a cualquier edad se pueden hacer realidad los sueños, como ese de hacer investigaciones, estudiar una maestría o, porque no, vivir con alguien. No descarto esa posibilidad, pero esperarí que quien me quiera acompañar traiga consigo mucha humildad, muchas enseñanzas y mucha libertad, que en últimas es lo que creo que debe ser el amor de pareja.

(...) Soy soñadora, siempre me veo en un lugar diferente a Bogotá, siempre recorriendo calles nuevas, me gustaría conocer Hungría, Marruecos, Argentina, México, Perú, algún país asiático. (Liliana)

Inicialmente quiero irme a trabajar como voluntaria; también quiero en algún momento dejar la responsabilidad de lado, quisiera como irme a estudiar arte, dibujo, historia del arte, algo que sea otro tipo de visión, además porque a mí me gusta crear y transformar y quiero poder hacerlo y, después de eso, buscar un lugar en este planeta en el que yo quiera vivir y en ese lugar poder transformar cosas; a mí me gustaría por ejemplo hacer una casa en un árbol, sin destruir el árbol...

Pero hay un problema con mi proyecto de vida, ¿qué tal que a mí me dé por ser Presidente?... ejercería un cargo público, que políticamente pueda tomar decisiones y generen cambios estructurales a favor de las mujeres, el conflicto es: ¿en qué momento quiero descansar? (Paola)

“Colonizar el futuro”, como lo llama Giddens, es una forma de aprehender aquella cosa nebulosa e incierta que está más allá del presente. En sus palabras se reproduce, nuevamente, lo que ya se enunció en sus *habitus*: reinversión en capital escolar, prestigio profesional y otro tipo de planes importantes como “viajar por el mundo”.

Sigue presente en algunas de ellas el interés de influir en el mundo a través del ejercicio político, dos ejemplos son: (1) el interés de Paola en llegar a ser Presidenta de la República, el de Angélica por continuar haciendo parte de movimientos políticos feministas, el de Isabel por participar de la causa agraria y el de Liliana por vincularse a investigaciones en relación a la diversidad lingüística indígena en Colombia.

(2) En el ejercicio de su individualidad, más que egoístas –como se suele catalogar a las mujeres que no quieren ser madres– todas, de una u otra forma, se sienten

vinculadas a temas sociales de amplio alcance. Como ideal o como proyección, expresan querer aportar para el avance hacia ideales de igualdad y equidad social.

En algunas, de manera explícita en sus relatos, la elección de la no maternidad viene acompañada de incertidumbre. No hay que desestimar que tanto la familia, como algunos amigos y conocidos las presionan exponiendo los beneficios y “felicidades incognoscibles” del ser madre; elegir la no maternidad limita experiencias y abre otras. Es el peso de la responsabilidad sobre una elección. “La aceptación de la responsabilidad no resulta fácil, no solo porque es el preludio de los tormentos de la elección (que siempre supone renunciar a algo además de ganar alguna otra cosa), sino también porque anuncia la perpetua ansiedad de estar –¿quién sabe? – equivocado” (Bauman, 2001: 246).

Algunas piensan que podrían llegar a ser madres en un futuro excepcional y bajo condiciones que rayan –desde su perspectiva– con la utopía: un hombre que se haga cargo solo, sumado a condiciones económicas de mucha abundancia.

¿Qué significa alejarse de un estilo de vida tradicional? El costo de “hacerse a sí mismas” y arriesgarse a elaborar un estilo de vida no preestablecido, significa una dosis de angustia. Pero en sus relatos esto se ve compensado con la libertad que les otorga la posibilidad de elegir, es decir, el hecho de sentirse libres; aunque la libertad, en este caso, no es sinónimo de despreocupación.

## CONCLUSIONES

La representación social de la maternidad en las mujeres que no quieren ser madres es analizada como producto de una conjugación de elementos como los capitales heredados y los adquiridos, además del efecto de trayectoria que, para este estudio, se extrajo a través de los hitos que marcaron las vidas de las mujeres.

Su representación de la maternidad inicialmente se formó en sus hogares, a través de la interacción en sus familias y estuvo determinada no solo por el ejemplo recibido de sus propias madres y abuelas, también por la interacción de estas y de sus hermanas con los varones. La distancia en el tiempo con respecto las vivencias de la infancia y adolescencia limitan el análisis en relación con sus representaciones de partida, pues las mujeres interpretan su historia desde su marco de pensamiento actual.

Desde la niñez, la adolescencia y la juventud, tres de las cuatro mujeres recuerdan haber tenido como ideal de vida el ser madres. En un principio, la representación heredada enaltecía el rol de la madre en el hogar, valorada como una “fuente de felicidad”, “la realización de la mujer”, entre otros elementos percibidos inicialmente como positivos y que solían exaltarse a través de discursos y actividades familiares y escolares como la celebración del día de la madre. Al hacer una retrospectiva sobre esto, en la edad juvenil o adulta, las mujeres revaloran el sentido de estas vivencias al identificar, posteriormente, las dinámicas machistas del hogar y que envuelven el rol materno, percibido luego como fuente de subordinación y de alejamiento de los intereses personales, enmarcados en sus propios proyectos de autorrealización.

Durante la adolescencia, padres y madres hacen una apuesta por inculcar en sus hijas la importancia del capital escolar como estrategia para mejorar su posición social, aumentar el prestigio personal y familiar, así como aumentar sus capitales económico y simbólico. En este contexto, el embarazo adolescente es la principal

amenaza de esta estrategia. Así lo vieron los padres y las hijas quienes, como consecuencia, vivieron con temor sus primeras relaciones sexuales.

El panorama se dinamizó de manera importante a raíz de la adquisición del capital escolar y cultural durante la época universitaria. Los hitos que dinamizaron la representación social de la maternidad son de diversa índole. Uno de los más importantes en la vida de dos de las entrevistadas es el contacto con la ideología feminista. Este capital cultural, en general, modificó diversas esferas de sus vidas, como las dinámicas de pareja, los intereses académicos, los escenarios laborales y la relación consigo mismas; al cuestionar las relaciones sociales de dominación entre las mujeres y su contexto.

En las otras dos mujeres sus hitos estuvieron relacionados con la vida amorosa, la experiencia de la maternidad de mujeres cercanas, la experiencia del aborto y los contenidos de la carrera universitaria.

El primero de los hitos es las “muertes emocionales” de la entrevistada, experiencias de engaño amoroso que la llevaron a concluir que su ideal de pareja no es satisfecho por los hombres de su entorno, a quienes ve, en general, como personas no comprometidas con “proyectos serios” y “duraderos”. A esto se unen experiencias derivadas de su capital cultural, las vivencias de amigas que sí decidieron ser madres y a quienes percibe como mujeres que llevan solas la responsabilidad de la crianza y que renuncian a sus ideales personales. Esta conjugación de elementos dinamizó su representación de la maternidad, unida a la representación de mujer y la de madre.

En el otro caso, esta mujer fue la única que nunca tuvo el ideal de ser madre, ni siquiera en su infancia. Al final de su adolescencia, vivió un embarazo y aborto que la llevaron a reafirmar su posición, lo que para ella fue decisivo pues, pese al apoyo familiar, concluyó que no era lo que quería para su vida. Adicionalmente, en este caso hubo algo que llamé *hito fachada* es decir, que no sirvió para dinamizar su decisión pero sí para justificar ante otros su deseo de no ser madre: los contenidos de la carrera universitaria.

Al optar por la no maternidad se hace evidente que estas mujeres están contrariando un hecho legitimado socialmente (que toda mujer deba desear ser madre) ya que en todos los casos ellas han enfrentado cuestionamientos de familiares, amigos e incluso de personas que apenas conocen. Como respuesta, cada una ha elaborado una estrategia argumentativa para justificarse. Por lo general, las personas a su alrededor creen que es algo pasajero y que, en algún momento, “entrarán en razón” pues llegará “el llamado de la naturaleza”, “el instinto maternal” o “el deseo de ser madre”, el cual es “natural” es decir, es visto como inevitable o ineludible. Cuando eso ocurra – tarde o temprano– ellas querrán quedar en embarazo, con lo cual todo *volvería a la normalidad*. Las mujeres que no quieren ser madres son percibidas por su contexto social como mujeres que padecen una desviación, asegurar que es algo pasajero es señalar que están *fuera de la razón* y que en algún momento volverán a ella, cuando la naturaleza (los genes, el instinto) haga lo suyo; algo que se suele tomar por hecho. Como socialmente no se comprende la decisión como el ejercicio de su autonomía, para poder entender de alguna forma la desviación en relación al *deber ser* ellas son encajadas en la categoría de *egoístas*, características que incluso algunas acogen en la descripción de sí mismas; esto podría indicar que convive dentro de ellas tanto la satisfacción por ir en la misma vía de su interés de no ser madre como algo del señalamiento social.

Pese a no ser madres biológicas, en todos los casos las entrevistadas ejercen maternidades sustitutas, en las que asumen responsabilidades con mascotas o con otras personas de la familia –como sobrinos, hermanos e incluso la propia mamá–; estas maternidades implican actividades de cuidado y, en otras ocasiones, también económicas.

El valor de la idea de la maternidad reproducida a través del capital cultural, transmitido principalmente por la familia, resulta contrastante en la infancia versus lo que ocurre en la adolescencia y en la juventud y adultez. Inicialmente, desde el discurso y las prácticas, tanto en la familia como en el colegio se muestra una faceta idealizada, quizá infantilizada, de la maternidad, expuesta como un rol casi sacro o como el ideal de vida de las mujeres. Posteriormente en la adolescencia, en esas dos instituciones el valor de la idea de la maternidad cambia drásticamente: *ad portas* del

inicio de la edad fértil de las mujeres, tanto las prácticas como los discursos están enfocados en señalar la maternidad no desde el ideal, sino más bien desde unas desventajas. Las evidencias indican que estas familias urbanas estrato medio tienen como estrategia para mejorar su posición social invertir en capital escolar, pues se cree que posteriormente se traducirá en capital económico y simbólico. En este contexto, la maternidad es vista como la principal amenaza de esa estrategia.

Una vez en la adultez, la familia y el círculo de amigos retoman el discurso idealizador que primó en la infancia en cuanto a la maternidad, esta vez con el propósito de incentivar la procreación, pues se considera que obtener el título profesional, tener una pareja y estar insertadas en el campo laboral son los requisitos que socialmente las hacen aptas para ser madres; no en la adolescencia, no antes de terminar la carrera, no estando solteras o sin trabajo. Pero, dada su autonomía (no viven en el hogar familiar y se sostienen económicamente), sus hitos de vida y el hecho de participar de la dinámica de un campo profesional, ellas adoptan la estrategia implementada por los padres en la adolescencia, es decir, apuestan por reinvertir en capital escolar para favorecer su traducción en capital simbólico y económico. Y pese a que esto contraría los valores sociales y familiares legitimados, este tipo de mujeres apuesta por esta estrategia porque desde su perspectiva un hijo amenaza no solo su apuesta por mejorar su posición; en la lógica social construida por ellas el capital simbólico de una mujer ya no reside en la maternidad –como ocurrió en algún momento del pasado cercano entre las generaciones precedentes– o en el ejercicio de la maternidad alternado con el ejercicio profesional –como le ocurre a mujeres de su círculo familiar y de amigos–. Para este grupo de mujeres el capital simbólico excluye y, de hecho, es incompatible con la maternidad, pasó de ser un valor de “su rol social” a ser una “amenaza” de una estrategia enfocada en cultivar capital simbólico y económico. ¿Con qué concepción de lo que es y de lo que hace un sujeto mujer y con qué *habitus* se conecta esta transformación?

En términos generales, **la maternidad** es descrita como un ejercicio de cuidado de un tercero dependiente, una actividad de alta responsabilidad que demanda gran parte del tiempo de la persona, ejercicios de enseñanza, protección y amor en los que la madre queda en un segundo plano de importancia dentro de su propia vida. Pese a no

haber experimentado la maternidad biológica, las entrevistadas describen con mucho detalle las implicaciones de este rol, parecen comprenderlas muy bien, sobre todo las que ellas identifican como características negativas.

La representación de la maternidad está íntimamente ligada a la de la madre. La maternidad es el ejercicio de ser madre, las actividades que se llevan a cabo y la madre es, como tal, la mujer que vive la situación: se embaraza y pare un hijo. Las mujeres que hacen parte de este estudio tienen en común una escisión entre lo que conciben como “ser mujeres” y lo que conciben como “ser madres”. Ambas representaciones aparecen como antagónicas y, pese a que la madre es descrita en algunos casos con características positivas, en su conjunto encarna el tipo de persona que no se quiere ser.

**La madre** es vista como un tipo de mujer que entrega demasiado; da amor, da enseñanzas, da cuidados, da tiempo y se queda con poco para sí misma, al punto que es vista como una mujer que pierde el protagonismo de su propia vida, deja de lado sus proyectos personales, académicos y laborales. La madre es descrita como una mujer frustrada y sin libertad. Desde otro punto de vista, el hijo encarna la subordinación que explota el trabajo de las mujeres y las mantiene en una situación de inferioridad.

La representación de **la mujer** se configura en contraste con de **la madre**. Sus descripciones de sí mismas, de lo que es importante para ellas, de lo que proyectan a futuro define, además, un *habitus* en íntima relación con las características de los sujetos modernos, descritos por Bauman y Giddens.

Al estar desconectados de la idea de ser madres biológicas, los *habitus* de estas mujeres reflejan un proceso de desnaturalización de la idea de la mujer vinculada a la idea de ser madre. Aunque atienden maternidades sustitutas, su identidad está desligada del hecho de ser madres, hecho que contraría la tendencia social y cuya tensión se expresa en la presión que reciben de sus familiares, amigos y conocidos en relación a que *ya es hora de que se embaracen*.

Este desfase (que genera señalamientos, preguntas y que les exige defenderse a través de una serie de argumentos) nos habla de un *habitus* que no está del todo en consonancia con las ideas y valores legitimados en su contexto social, es decir, en ese sentido podría concluirse que se trata de un *habitus* desgarrado. De acuerdo con Bourdieu el *habitus* desgarrado aparece debido a una especie de ‘desgaste’ relacionado con la ausencia de actualización (en relación a con un cambio de posición o condición social), en este caso nos habla de un capital cultural heredado en la familia y en el contexto social que está desgastado en relación a otros valores y prácticas en relación a lo que se espera hoy en día de las mujeres y que contrarían las disposiciones legitimadas tradicionalmente en el capital cultural heredado. Hay, entonces, un desfase entre los valores más tradicionales y, por otro lado, el tipo de sujetos mujer que la sociedad está construyendo en sectores sociales específicos, donde estos *habitus* desgarrados entran en diálogo con valores propios de la modernidad y valores heredados de las luchas feministas, como que los se refieren a autonomía e independencia, igualdad, ciudadanía y derechos.

Las mujeres que no quieren ser madres están implicadas en mayor medida en el ámbito público, en donde residen los éxitos laborales y académicos, allí se hacen visibles como protagonistas sociales. Sus *habitus* están vinculados a la academia y al ejercicio de sus profesiones. En términos de capitales, para ellas la reinversión en capital escolar es fundamental, esperan seguir educándose y obtener a partir de ahí no solo satisfacción personal, también capital simbólico, estatus académico y laboral que, eventualmente, redundará en un aumento de su capital económico. Así, el reconocimiento que, en el caso de las madres, proviene del ejercicio de este rol, en las “no madres” se obtiene principalmente del reconocimiento social a partir del ejercicio académico y laboral.

El hecho de no ser madres les permite tener tiempo para invertir en su vida personal, así como en proyectos en los que obtienen satisfacción, más que una remuneración económica.

Tal y como lo describe Alain Touraine en su *Mundo de las Mujeres* (2007), ellas son el tipo de mujeres que han conquistado su subjetividad, es decir, han alcanzado una

conciencia de sujetos en la que se pasa de “la mujer para el otro”, hacia “la mujer para sí misma”. De la mujer que pare otro a la mujer que se pare a sí misma.

Considero, además, que estamos frente a un tipo de sujetos que conforman las tendencias emergentes de la CEPAL (2004) y de la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (2013), asociadas al aumento de mujeres emancipadas en relación con las dinámicas tradicionales, que conforman hogares unipersonales o sin núcleo, que hacen parte de los índices crecientes de mujeres que postergan la maternidad, han separado la sexualidad de la procreación, están secularizadas, tienen índices elevados de educación, han sido influidas por valores de la modernidad y experimentan y promueven relaciones más simétricas entre los sexos.

El reconocimiento social derivado del rol materno no les resulta atractivo, identifican que aparte de la maternidad existen otros proyectos valiosos y trascendentes personal y socialmente. Pese a que se les suele calificar como mujeres *egoístas*, esta es una forma de encasillar o entender su *desviación*; y aunque son el centro de su vida todas expresan inquietudes por temas sociales y algunas están vinculadas a movimientos sociales, lo cual podría contradecir, en parte, el calificativo de *egoístas*.

“La mujer” descrita en su representación se siente libre, con muchos proyectos en mente –concibe sus apuestas personales, laborales, económicas y académicas en términos de “proyectos”, que es una palabra con una connotación académica y empresarial: los proyectos tienen objetivos, presupuesto, cronograma, etcétera– los cuales demandan buena parte de su tiempo y atención. Y pese a la importancia de sus responsabilidades, se siente liviana y sin obstáculos. Esta mujer se siente el centro de su propia vida y, en muchos de los casos, se considera a sí misma como “su propio proyecto”.

La libertad es uno de los elementos más valorados de sus vidas, de acuerdo con sus narraciones; ellas se toman en serio sus responsabilidades, pero valoran el no tener ataduras de ningún estilo para emprender cualquier tipo de reto, tanto en el país como en cualquier otra parte del mundo, pues consideran que, eventualmente, podrían vivir, trabajar, estudiar o pasear en cualquier país o del mundo.

La libertad es, precisamente, uno de los valores de la modernidad, definido por Bauman como el derecho a no ser obstaculizado en la elección de lo que se quiere para la propia vida (Bauman, 2001: 249). En la sociedad postradicional resulta muy importante la libertad de elección, pues el mundo moderno es, en síntesis, una infinita cantidad de opciones a elegir (Giddens, 1995: 108).

El cultivo de la individualidad es, de acuerdo con Bauman, otro elemento característico de la modernidad líquida y es el germen de la representación de la mujer en cuestión, un sujeto que se mantiene como el centro de su existencia, porque en vez de un proyecto llamado “hijo” prefieren otro: “ellas mismas”. Pese a las advertencias constantes que reciben de sus familiares y amigos en relación a que van a padecer de tristeza y soledad, las mujeres que no quieren ser madres resignifican en su discurso la soledad como un espacio de disfrute.

Estas mujeres señalan los procesos de autorreflexión como fundamentales dentro de su construcción discursiva y generadora de prácticas en relación a sí mismas. Hecho que, de acuerdo con Giddens, le permite a los sujetos apartarse de un modelo de vida tradicional hacia uno que desafía modelos convencionales y que implica redefinir numerosos aspectos personales (Giddens, 1995: 49). Ellas se piensan a sí mismas y se construyen tomando como punto de partida visiones que trascienden las que fueron cercanas en su infancia y adolescencia, pero que, de todos modos, estuvieron disponibles en su contexto socioeconómico a través de espacios como el académico, el laboral y el de las amistades.

Podría decirse que, entre otros, estos procesos de autorreflexión aportaron a lo que podría señalarse fue un proceso de *desnaturalización* de la maternidad y del ser mujer, en los que se cuestionó la asociación entre ser mujer y ser madre para dar paso a sus múltiples representaciones sobre ambas categorías y sobre la concepción de sí mismas desligadas de la idea de ser madres biológicas.

Dentro de su construcción de sí cobra importancia la “colonización de su futuro”, como lo llama Giddens. Todas coincidieron en hablar de “proyecto de vida” para referirse a

los planes en los que empaquetan el devenir. En estos planes se reproduce, nuevamente, lo que ya se enunció en sus *habitus*: reinversión en capital escolar, prestigio profesional y otro tipo de planes que no están circunscritos a un espacio concreto, de hecho hablan de la posibilidad de viajar y de habitar otros países.

Esta “colonización” de lo incierto está unida a la reflexividad del yo y a la incertidumbre derivada de la amplísima posibilidad de elección, ambos considerados rasgos de la modernidad.

Valdría la pena preguntarse de manera más amplia por otros aspectos que conforman la vida de estas mujeres y que refirieron de manera menos extensa, como el tipo de trabajo en el que cobra sentido su *habitus* desgarrado (que les permite movilidad, al que están vinculadas por disfrute por encima de otras variables, como la económica). También valdría la pena indagar por sus expectativas de pareja. Algunas de ellas (dos de las mujeres heterosexuales) mencionan que pese a los cambios sociales y a prácticas de equidad de género en muchos ámbitos, hay pocos hombres con los que se sienten cómodas como pareja. Ellas también identifican que han roto convenciones sociales, a raíz de su empoderamiento como mujeres libres, pero a la hora de negociar con la pareja, ¿cuáles son los puntos en los que ceden y en los que no?, ¿por qué?, ¿en qué medida el amor nos conecta con un espacio privado donde la igualdad aún está negociándose?

### **Hay hombres que tampoco quieren ser padres**

Durante la realización de este estudio encontré varios hombres con similares características socioeconómicas que no quieren ser padres y, de hecho, algunos se realizaron la vasectomía antes de los 30 años. Nacieron en Bogotá o en ciudades capitales, pertenecen al estrato medio y tienen estudios universitarios, pero no de posgrado; dadas las circunstancias, entrevisté a dos de ellos.

Valdría la pena hacer un ejercicio comparativo para poner en relación los puntos de encuentro y de ruptura en la construcción de la representación de la maternidad y de

la paternidad entre ambos grupos, la participación de los diferentes capitales, sus *habitus* e identidades. ¿En qué medida se trata de la construcción de masculinidades no tradicionales o en qué medida es la influencia de los valores modernos? Si tradicionalmente en la construcción de la idea de lo que es ser un hombre no es fundamental el ser padre, ¿qué los motiva a negar de manera radical la paternidad? ¿Es tan significativo para ellos validarse a través del capital educativo o a través de qué aspectos obtienen reconocimiento social?

Tanto las mujeres de este estudio como los hombres con los que tuve la oportunidad de dialogar, tienen cosas en común: comparten un similar nivel socioeconómico y cultural, ellos manifiestan una construcción menos tradicional de sus masculinidades y, además, no quieren ser padres. Pero hay un punto fundamental de ruptura en cuanto a las relaciones amorosas ¿De qué se trata esta brecha? ¿Cómo interviene la construcción del género y los valores posmodernos en la configuración del sujeto amoroso y de las relaciones de pareja en los hombres y en las mujeres heterosexuales? ¿Cómo ocurre entre las parejas del mismo sexo? ¿Cómo inciden las representaciones sociales de la “pareja ideal” en estructuras sociales como el matrimonio y la convivencia?

## BIBLIOGRAFÍA

Arango, L. G., (2004). Género, trabajo e identidad. En Millán, C. (2004). *Pensar en género: teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo* (pp. 238-262). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

\_\_\_\_\_, L. G., (2006). *Jóvenes en la universidad. Género, clase e identidad profesional*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Nacional de Colombia.

\_\_\_\_\_, L.G., (2011). A la sombra de los padres fundadores de la sociología. En Arango L.G. & Viveros, M. (Ed.), *El género: una categoría útil para las ciencias sociales* (17-43). Bogotá: Ed. Universidad Nacional de Colombia

Arruda, A. (2010). Teoría de las representaciones sociales y teorías de género. En: Graf, N.; Everardo, M.; Palacios, F. (coordinadoras). *Investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 317-337). México: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Badinter, E. (1991). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. España: Paidós.

Banco Mundial. (2012, 1 de marzo). Work & Family, Latin American and Caribbean Women in Search of a New Balance. Recuperado de: [http://siteresources.worldbank.org/LACEXT/Resources/informe\\_genero\\_LACD\\_EF.pdf](http://siteresources.worldbank.org/LACEXT/Resources/informe_genero_LACD_EF.pdf)

Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.

Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Ediciones Akal

BBC. (2011, 4 de marzo). Cuando una mujer elige no tener hijos. Recuperado de: [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/03/110225\\_salud\\_mujer\\_hijos\\_men.shtml](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/03/110225_salud_mujer_hijos_men.shtml)

\_\_\_\_\_. (2013, 28 de octubre). Los hombres japoneses que prefieren novias virtuales en vez de sexo. Recuperado de: [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2013/10/131024\\_japonsexo\\_virtual\\_celibato\\_wbm.shtml](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2013/10/131024_japonsexo_virtual_celibato_wbm.shtml)

Bolívar, A. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación enfoque y metodología*. Madrid: Editorial Muralla.

Bourdieu, P. (1979). *La distinción*. España: Editorial Taurus.

\_\_\_\_\_, P. (2000). *La dominación masculina*. España: Editorial Anagrama.

\_\_\_\_\_, P. (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Camargo, M. (2014, 20 de mayo). Él tiene 20 años y quiere ser infértil, pero no lo dejan. ¿Qué opina? El Tiempo. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/estilo-de-vida/salud/l-tiene-20-anos-y-quiere-ser-infertil-pero-no-lo-dejan-que-opina/14009456>

Campos, L. (2009). *Vislumbres y particularidades de la identidad de género de las ejecutivas y empresarias*. Puebla, México: Dirección de Fomento Editorial.

CEPAL – Naciones Unidas. (2004). Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces (No 42). Santiago de Chile: Naciones Unidas.

DANE. (2012, 10 de enero). El Censo 2005 dejar ver una nueva realidad demográfica. Recuperado de: <http://www.dane.gov.co/files/BoletinProyecciones.pdf>

CEM –Centro de Estudios de la Mujer– (2005). *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible* (No 3). Santiago de Chile. Recuperado de: <http://www.cem.cl/pdf/cuaderno3.pdf>

Collins, P. H. (1991). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. Nueva York: Routledge.

\_\_\_\_\_, P. H. (1994). Shifting the Center: Race, Class and Feminist Theorizing about Motherhood. En Glenn et al.: *Mothering: ideology, experience and agency*. Nueva York: Routledge.

Durkheim, E. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa: el sistema totémico en Australia*. Madrid: Editorial Akal.

Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Flórez, C. E. & Sánchez, L.M. (2013). Fecundidad y familia en Colombia: ¿hacia una segunda transición demográfica? *Serie de estudios a profundidad. Encuesta Nacional de Demografía y Salud –ENDS– 1990 / 2010* (pp. 15-22). Bogotá: (sin datos de la editorial).

\_\_\_\_\_, C.E. & Soto, V.E. (2013). Factores protectores y factores de riesgo del embarazo adolescente en Colombia. *Serie de estudios a profundidad. Encuesta Nacional de Demografía y Salud –ENDS– 1990 / 2010* (pp. 49-56). Bogotá: (sin datos de la editorial).

Flores, F. (2010). Teoría de las representaciones sociales y teorías de género. En: Graf, N.; Everardo, M.; Palacios, F. (coordinadoras). *Investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 339-358). México:

UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Frischmuth, S. (2014, febrero). La maternidad en el pensamiento feminista occidental. Recuperado de: <http://portal.chapingo.mx/sociologia/rae/rae/ae7/ae7-3.pdf>

García, E. (2014, 24 de febrero). No tendré hijos porque así lo decidí. *El Informador*. Recuperado de: <http://www.informador.com.mx/suplementos/2014/514680/6/no-tendre-hijos-porque-asi-lo-decidi.htm>

Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Editorial Limpergraf S.A.

Godard, F. (1996). El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las ciencias sociales. *Cuadernos del CIDS* (No 2, serie 1), pp. 5-41.

Harding, S. (2010). ¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista feminista. En: Graf, N.; Everardo, M.; Palacios, F. (coordinadoras). *Investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 39-65). México: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.

Illous, E. (2013). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz Editores

Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En: Moscovici S. *Psicología Social II* (pp. 469- 494). Barcelona: Editorial Paidós.

Lagarde, M. (2014, marzo). Identidad femenina. Recuperado de: [http://webs.uvigo.es/xenero/profesorado/purificacion\\_mayobre/identidad.pdf](http://webs.uvigo.es/xenero/profesorado/purificacion_mayobre/identidad.pdf)

Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. España: Editorial Crítica.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género: hacia un feminismo descolonial. En Mignolo W. (Ed.). *Género y descolonialidad* (pp. 13-54). Buenos Aires: Del Signo.

Margarita (2014, 17 de febrero). ¿Qué estás esperando? ten un hijo de cualquiera!!! [web log post]. Recuperado de: <http://margaritasparamargarita.blogspot.com/>

Martínez, C. (2013). Descenso de la fecundidad, bono demográfico y crecimiento económico en Colombia. 1990-2010. En: *Serie de estudios a profundidad. Encuesta Nacional de Demografía y Salud –ENDS– 1990 / 2010* (pp. 5-12). Bogotá: (sin datos de la editorial)

Mauleón, A. (2014, 6 de febrero). No quiero tener hijos. ¿Y qué? *Ssociólogos. Blog de Sociología y Actualidad*. Recuperado de: <http://ssociologos.com/2014/02/06/no-quiero-tener-hijos-y-que/>

Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul S.A.

\_\_\_\_\_ & Hewstone M. (1986). De la ciencia al sentido común. En: Moscovici, S. (comp.) *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Orozco, V. (2014, marzo). El oficio de no ser mamá. *Octomagazine*. Recuperado de: <http://www.octomagazine.com/edicion/5/pagina/81>

Palomar, C. (2005). Modernidad, cultura e historia. *La Ventana* (No 22), pp. 35-67.

Pinto, D. E. (2008). Madres, jóvenes y desvinculadas del conflicto armado en Colombia. Identidades construidas, modificadas y/o reafirmadas en sus familias, grupo armado ilegal e institución de protección. Tesis de Maestría no publicada. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

- Portolés, A. O. (2004). Feminismo postcolonial: la crítica al eurocentrismo del feminismo occidental. Recuperado de: <http://ebookbrowse.net/feminismo-postcolonial-asuncion-olivia-portoles-pdf-d79116806>
- Putnay, R. (2004). Feminismo radical: posiciones libertarias y culturales. En Millán, C. (2004). *Pensar en género: teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo* (pp. 64-115). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Puyana, Y. (2008). La maternidad desde Simone de Beauvoir. *En otras palabras*, No 16, pp. 52-65.
- \_\_\_\_\_, Y., Mosquera C., Micolta, A., Maldonado, M. C., Lamus, D., Useche, X.,... & Suremain, M. (2003). *Padres y madres en cinco ciudades de Colombia. Cambios y permanencias*. Bogotá: Almudena Editores.
- Scott, J.W. (1992). Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista. *Debate feminista*. Vol. 2., pp. 85-104.
- Téllez, A. & Verdú, A. D. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nueva Tendencias en Antropología* (No 2), pp. 80-113. Recuperado de: <http://www.revistadeantropologia.es/Textos/N2/El%20significado%20de%20la%20masculinidad.pdf>
- Touraine, A. (2007). *El mundo de las mujeres*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Varea, S. (2008). *Maternidad adolescente: entre el deseo y la violencia*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Vera, H. (2002). Representaciones y clasificaciones colectivas. La teoría sociológica de conocimiento de Durkheim, en *Sociológica* (No 50), pp. 103-121

Wolf, N. (1991). El mito de la belleza. Nueva York: William Morrow and Co.

Zorka, Z. (2013, 6 de agosto). 'Salgo del clóset', soy heterosexual y no quiero tener hijos. *CNN México*. Recuperado de: <http://mexico.cnn.com/opinion/2013/08/06/opinion-salgo-del-closet-soy-heterosexual-y-no-quiero-tener-hijos>